

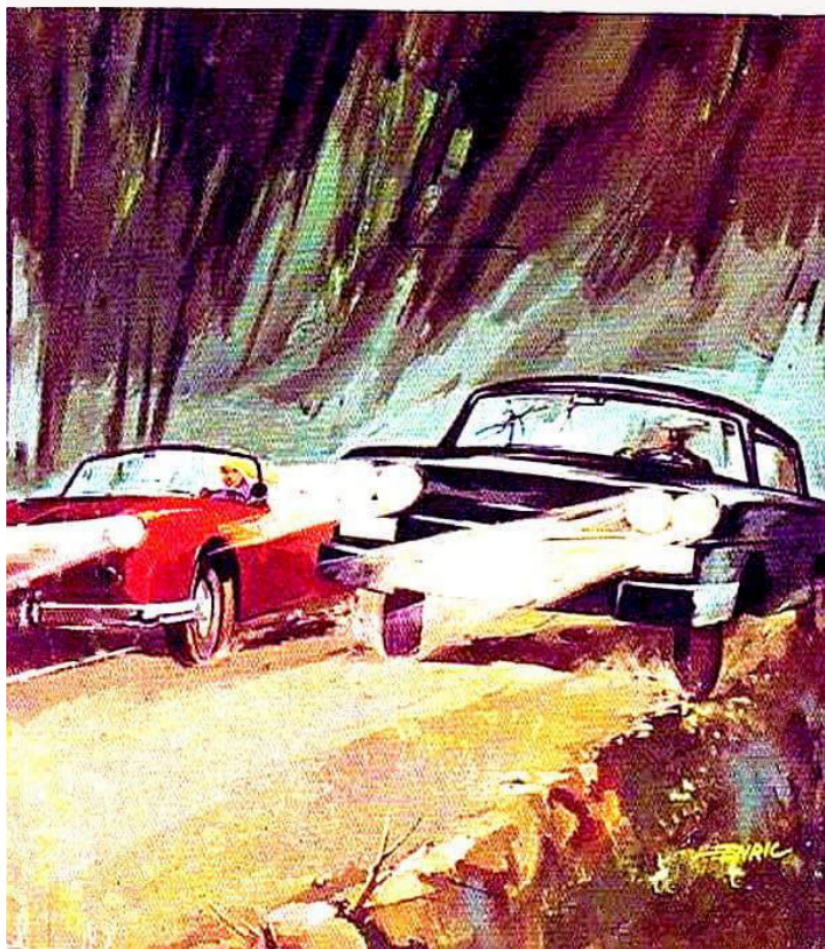
BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

asesinos de vieja escuela

burton hare



La mujer ya no estaba en su primera juventud, pero sí podía enorgullecerse de su plenitud... si no hubiera sido por su expresión.

Poseía un cuerpo rotundo, pletórico de sugestivas tentaciones. Unas piernas largas, magníficas, que habrían hecho la felicidad del noventa y nueve por ciento de las mujeres.

Unas caderas que servían de firme remate a esas piernas.

Y un rostro bello, pero marchito.



Burton Hare

Asesinos de vieja escuela

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1191

ePub r1.0

Titivillus 02-12-2019

Título original: *Asesinos de vieja escuela*
Burton Hare, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La mujer ya no estaba en su primera juventud, pero sí podía enorgullecerse de su plenitud... si no hubiera sido por su expresión. Poseía un cuerpo rotundo, pletórico de sugestivas tentaciones. Unas piernas largas, magníficas, que habrían hecho la felicidad del noventa y nueve por ciento de las mujeres.

Unas caderas que servían de firme remate a esas piernas.

Y un rostro bello, pero marchito.

En su rostro no quedaban más que unos ojos que no expresaban nada, unos labios sensuales que no inspiraban sensualidad alguna, y unas finas arrugas en las comisuras de la boca.

El hombre que estaba dando cuenta del *whisky* era alto, delgado, vestido con cierto descuido, y daba la sensación de que los posibles encantos de la mujer le tenían sin cuidado.

—Mira, Johnny, no da buenos resultados meter las narices en los asuntos de los demás —murmuró ella agarrando su vaso de *whisky* como si fuera a sumergirse en él.

Johnny hizo una mueca de disgusto.

—Mi trabajo es meter la nariz donde peor huele —aseguró con voz seca—. Y tú lo sabías cuando concertamos esta entrevista.

—Hubiera preferido que nos entrevistáramos por los mismos motivos que cuando nos conocimos.

—Eso vendrá luego. Nunca mezclo el placer con los negocios.

—Empiezo a preguntarme si realmente pensaste en el placer la primera vez... Me doy cuenta de que eres un tipo muy raro.

—Lil, no divagues. Perdemos demasiado tiempo.

—Yo nunca pierdo el tiempo..., o casi nunca, a menos que me equivoque con alguien, como me pasó contigo. Una pierde la brújula de vez en cuando, si se siente demasiado sola...

—Si se trata de dinero, eso no es obstáculo. Tú sabes qué es lo que quiero y estoy dispuesto a pagar por ello.

—Me gusta el dinero, claro. Una tiene que vivir y pensar en el día de mañana.

—¿Cuánto?

—Lo estropeas todo, querido.

—¿Cuánto? —repitió Johnny, impaciente.

Ella apuró el vaso. Tomó la botella y lo llenó hasta la mitad.

Estuvo observando el licor unos instantes, meditando.

Él dijo:

—Te complaces impacientándome, ¿no es cierto?

—No. Sólo estoy pensando...

—¿En la cantidad que podías sacarme?

Ella rió y dio un sorbo al vaso.

—Dime una cosa, Johnny. ¿Qué esperas sacar tú de todo esto?

—El reportaje más sensacional de toda mi carrera. Incluso es posible que acepten mi trabajo en los grandes periódicos del país.

—¿Eso es todo?

—Para mí, es suficiente.

—Me parece que eres tonto, querido. Arriesgas el pescuezo, y sólo por ver tus reportajes escritos en letras de molde. ¿No te van a dar una medalla también?

Soltó una carcajada y bebió casi todo el *whisky* de su vaso.

Johnny se levantó, dando unas zancadas de un lado a otro.

Encendió un cigarrillo y volvió a sentarse frente a Lil.

—¿Sí o no, nena?

—Diez mil dólares, Johnny.

El dio un respingo.

—Realmente has perdido la brújula. ¡Diez mil pavos! ¿Qué es lo que tienes para vender, oro en barras?

—Basura. La misma basura por la que tú pareces empeñado en revolearte. Pero vale diez mil dólares para mí, aunque sea tan pestilente como el infierno.

Johnny Leeds aplastó el cigarrillo furiosamente en el cenicero de cristal tallado. Se echó atrás en la butaca y gruñó:

—Dudo que el periódico quiera pagar tanto dinero. Es más, no creo que Heckeler pueda disponer de una suma semejante. Somos un diario modesto, de una ciudad modesta, no el *Times* de Nueva York.

—Lo tomas o lo dejas.

El encendió otro cigarrillo con evidente nerviosismo.

—Además de exponer el pellejo, estoy arriesgando mi empleo, Lil. No olvides que la idea de esta serie de reportajes es sólo mía. Concretamente, a Heckeler no le gustó cuando se la expuse porque

dijo que sería perder el tiempo, que no conseguiría nada...

—Y no conseguirás nada si yo no te ayudo. Y mi ayuda vale diez mil dólares. Tú te empeñaste en hablar de negocios, recuérdalo, querido. Yo hubiese preferido entablar una conversación... más íntima.

—¿No puedes pensar en otra cosa? Empiezo a darme cuenta de que eres una especie de ninfomaníaca.

Ella se echó a reír.

—Sólo de vez en cuando. Me encuentro muy sola, ¿te das cuenta?

—Lo consultaré.

—¿Qué?

—Llamaré a Heckeler por teléfono.

—Hazlo, cariño. Tal vez podamos aprovechar la noche todavía.

El arrancó el auricular de un zarpazo. Discó un número y mientras esperaba, gruñó:

—Si adviertes que se funde este aparato, será debido a los gritos de Heckeler. Yo en su lugar también gritaría. ¡Sí! ¿Fred? Quiero hablar con Heckeler... aquí Johnny Leeds..., está bien, esperaré...

Lil volvió a escanciar *whisky* en los dos vasos. Encendióse un cigarrillo y murmuró:

—Deberías comprenderme mejor, Johnny... Llevo años viviendo sola en esta casa, sobre la playa. Es mía y puedo decirte que es todo lo que saqué en limpio de mis tiempos en Crazy Horse. No es mucho, si tenemos en cuenta que...

El la interrumpió con un ademán.

—¿Fred? —dijo Johnny por el auricular—. Habla Leeds.

—¿Qué te pasa, sabes la hora que es? —rezongó el hombre al otro extremo del hilo.

—Tengo otras cosas en qué pensar. ¿Cuánto interés tienes por mi serie de reportajes?

—Bueno...

—Puedo obtener una información de primera mano que hará saltar la ciudad desde sus cimientos. Pero hay que pagarla. ¿Sigo adelante o qué?

—Mira, Johnny, nunca he puesto demasiadas esperanzas en una limpieza de este estercolero. ¿Qué clase de información es ésa?

—Diez mil.

—¿Qué?

—Vale diez mil dólares.

—Tú estás chiflado.

—Sólo los pagaremos si la información vale tanto.

—Yo no pagaría diez mil dólares ni para obtener una exclusiva de la Maffia. Oye, ahora que se me ocurre... ¿Cuánto llevas bebido esta noche?

—Fred, no es asunto de broma. ¿Cuánto puedo ofrecer?

—No sé... ¿De veras no estás borracho?

—Seguro que no.

—Bueno, quizá cuatro mil..., o cinco, escarbando hasta el fondo de mi hucha. Pero ha de ser algo bueno, algo grande, Johnny.

—Probaré.

—¿Quién es tu informante? A juzgar por lo que pide, es un judío endiabladamente avaricioso.

—Narices. Ni siquiera es hombre...

Colgó, cortando la curiosidad de su jefe.

Lil dijo:

—¿De veras saltó hasta el techo?

—Y creo que hizo un agujero en él con su dura cabeza.

—No tiene ese dinero.

—¿Va a rascarse el bolsillo de todos modos?

—Lo siento. Por los dos, por ti y por mí.

—Puedo echar mano de cuatro mil solamente.

Ella sacudió la cabeza.

—No hay negocio. Yo también arriesgaría mucho si abriera la boca. Por diez mil aún correría el albur. Pero por cuatro no..., es ridículo pensarlo siquiera.

—¿Y por cinco?

—¿Crees que estás en el mercado, regateándole al de la pescadería?

—¡Maldita sea, Lil! Es todo el dinero de que Heckeler puede disponer, quedándose sin blanca. Puedo añadir lo poco que tengo..., unos ochocientos en mi cuenta. Es todo, nena. Cinco mil ochocientos...

—Nones.

El suspiró, echándose atrás en la butaca. Fumó nerviosamente, con la mirada perdida, vagando en algún punto remoto de sus pensamientos.

—Busca el dinero. Cuando lo tengas, vuelve y hablaremos.

—Nunca podré reunir diez mil dólares... Pero hay otro aspecto que por lo visto no has tenido en cuenta.

—¿Cuál?

—Que ellos pueden decidir que eres una amenaza para su seguridad y rebanarte ese hermoso cuello de cisne que tienes. Entonces, no cobrarás de nadie y, lo que es peor de todo, tampoco podremos destruir a esa maldita camarilla.

—¿Tratas de asustarme?

—Quiero hacerte comprender mi punto de vista. Si gracias a ti podemos hundirlos hasta el fondo del infierno, ya no constituirán una amenaza para ti ni para nadie. Y además, habrás cobrado cinco mil dólares. Habrás obtenido seguridad absoluta y dinero en mano.

¿No es ése un buen negocio también para ti?

—Es mucho mejor negocio con diez mil dólares en mi cuenta, querido.

Él se dio por vencido.

—Muy bien, al diablo —refunfuñó—. Ojalá no estés cometiendo el más grave error de toda tu vida.

—He cometido muchos, pero la experiencia me enseñó, créeme.

—Está bien, tú ganas, guárdate el material, aunque déjame decirte que estás loca si crees que algún idiota te ofrecerá diez mil dólares por él.

Ella se encogió de hombros.

—Bebe otro trago, Johnny. Después nos ocuparemos de nosotros.

—Beberé ese trago, pero después me iré. He de moverme si...

La voz dijo tras ellos:

—Tú no irás a ninguna parte, pichón.

Ambos se volvieron en redondo.

Por encima del respaldo del diván vieron a los tres individuos que les contemplaban, burlones, desde la puerta de la salita.

Eran tres ejemplares para un circo, pero los tres llevaban pistolas automáticas en las manos y no había duda de que, para ellos, utilizarlas era parte de su carrera, obtenida con sobresaliente.

CAPÍTULO II

En medio del marasmo de dolor y desesperación, Johnny Leeds abrió los ojos y vio una mano blanca que colgaba del borde del diván, muy quieta, ante su mirada.

Oyó las risas de los tres asesinos. Una niebla sucia flotaba en alguna parte de su visión, no sabía si fuera o dentro de su cerebro.

La increíble pesadilla no había terminado todavía y pronto lo comprendió, cuando un zapato se incrustó en sus costillas y le impulsó a dar una vuelta sobre sí mismo. Quedó hecho un ovillo casi debajo del diván.

Los tres asaltantes dejaron de reírse cuando uno de ellos descolgó el teléfono.

En el momentáneo silencio, Johnny oyó un apagado quejido, algo semejante a un agónico estertor. También oyó, muy cerca, un débil y extraño goteo, como un grifo que cerrase mal.

Abrió un ojo magullado. El goteo salpicaba ante su cara. Era un líquido rojo que iba formando un pequeño charco a dos pulgadas de su propio rostro.

Escuchó la voz del que hablaba por teléfono pero fue incapaz de discernir las palabras. Todo él era una masa de dolor inhumano que borraba cualquier otra sensación.

Al fin, el teléfono emitió un chasquido al ser colgado. Unas manos como zarpas le arrastraron fuera del diván y se sintió elevado hasta quedar en pie, sostenido por los dos rufianes.

Una voz gruñó:

—¡Despierta, pichón, aún no hemos terminado!

Apenas comprendió, pero notó las bofetadas que lanzaban su cabeza de un lado a otro.

Le dejaron sentado en una butaca y un cubo de agua casi le ahogó. Sacudió la cabeza. Terribles náuseas le asaltaron.

—¿Me oyes o no?

Otro comentó:

—Es más débil que una damisela, no resiste nada...

—¡Despiértale!

Le zarandearon otra vez, y le arrojaron un nuevo cubo de agua a la cara. Los ramalazos de dolor le arrancaron un quejido.

—¡Hijo de una hiena! —jadeó—. Esto va a...

—Esto va a conducirte al paraíso, pero antes queremos saber algo más. ¿Comprendes o no?

Parpadeó y trató de enfocar a sus tres verdugos.

Luego, ladeó la cabeza y vio el cuerpo de Lil desmadejado sobre el diván. Estaba casi desnuda, con las ropas hechas jirones y bañada en un mar de sangre.

—Ella no dijo una palabra —aclaró el más rechoncho de los tres—. O no sabía nada o es más testaruda que una mula. No importa mucho de todos modos, porque lo que nos interesa es lo que tú vas a decirnos.

—¿Qué..., qué le habéis hecho, puercos?

—Casi nada; sólo nos divertimos un poco para animar la fiesta. Veamos, pichón... ¿Qué fue lo que averiguaste, y quién más lo sabe?

—Nada...

—No me vengas con cuentos otra vez.

—No sé nada.

—¡Dale, Harper!

Harper era un tipo delgado y fibroso. Su cara picada de viruela tenía un color pálido, sucio, en la que brillaban los mortecinos ojos de un morfinómano clásico.

Dio la vuelta a la pistola en su mano y utilizando el punto de mira hizo un buen trabajo en la ya destrozada cara del periodista.

Éste lanzó un aullido y trató de esquivar la salvaje carnicería. Le golpearon brutalmente hasta que de nuevo se sumergió en la inconsciencia.

Harper gruñó:

—Yo creo que no sabe nada, Mallet.

—Quizá no, pero él quiere estar seguro. ¿Y si resulta que averiguó algo y lo pasó a otro? —Con lo que lleva encajado hubiera hablado — opinó el tercero, aburrido. —Nadie puede soportar lo que él ha recibido sin soltar la lengua.

—Es mejor asegurarnos. Al fin de cuentas, aquí podemos «trabajar» tranquilos, ¿no?

—Reconozco que éste lugar es ideal...

—¡Despierta otra vez, pichón! —gritó Mallet.

Pasaron los minutos y el periodista volvió a flotar en la conciencia, aunque en medio de una bruma roja como una marea de dolor y de sangre.

—Escucha bien, porque voy a mostrarte todo un programa... ¿Me oyes?

Leeds cabeceó.

—Vas a contarme la verdad, ¿sí o no?

—No... sé nada...

—Bueno, cambiarás de opinión. Primero te romperemos los dedos de las manos, uno a uno. Eh, ¿qué te parece? Eso para empezar... ¿Podrás soportarlo sin cantar más que un canario?

—¡Bastardos...!

—Ajá, ya reacciona —cacareó Harper.

—Después te despellejaremos, para que contemples lo que hacemos con tu amiguita. Será un espectáculo que no te gustará, claro. A nadie le gusta ver desparramarse a su amiguita por toda la habitación. Y eso será lo que verás, ni más ni menos.

Harper se impacientó.

—¿Empiezo o qué?

Mallet atrapó la muñeca del periodista y ordenó:

—¡Ayúdame, Browne! Este tipo saltará como una bala cuando Harper le rompa los huesos.

Harper chirrió los dientes.

Con mano experta empezó su horrible tarea.

El alarido de Leeds fue tan agudo que hizo temblar hasta las lámparas.

CAPÍTULO III

El hombre sentado al otro lado de la gran mesa metálica era de mediana edad, tenía el cabello blanco y unos ojos tan fríos que daban vértigo.

—Lo siento de veras, Jordán. Nunca es agradable decirle eso a un hombre como usted.

—Acabe. No necesita tantos rodeos para darme el puntapié.

—Sin rodeos, entonces. Está usted acabado, Jordán, y creo que se ha dado cuenta por sí mismo.

Jordán hizo un gesto de fastidio.

Era un hombre casi gigantesco, pero con una constitución física asombrosa. De anchos hombros y cintura estrecha, todo su cuerpo era puro músculo. Había sido adiestrado años y años para que así fuera, y no sólo físicamente.

—¿Sólo porque estropeé un trabajo estoy acabado? —dijo con su voz sin inflexiones—. Creo que he llevado a cabo tantas misiones peores que ésta con entera satisfacción, que por una que haya fallado no...

—No se trata de que haya fallado solamente —le atajó el hombre de cabellos blancos—, sino del modo «cómo» ha fallado. Usted no supo dominarse. Sus nervios fueron los que fallaron en realidad, y ése es un lujo que no se puede permitir ningún hombre que haga su trabajo.

Frank Jordán lanzó un gruñido y no replicó. En cierta forma, comprendía perfectamente el punto de vista del otro, tras el cual había una organización tan especial que un simple fracaso haría tambalearse no sólo su cargo, sino la intrincada red de seguridad de la nación.

—Está bien —dijo con voz neutra—. Me tomaré un largo descanso...

—Definitivo.

—¿Qué?

—Usted no volverá al servicio, Jordán.

—Esperaba que la cosa no fuera tan mala.

—Es peor que mala y usted lo sabe. Naturalmente, usted cesa como... ejecutivo, para decirlo de algún modo. Pero no nos olvidamos de usted ni de sus muchos años de servicio. Todos los meses recibirá una asignación muy sustanciosa para que no tenga problemas económicos. Le será hecha efectiva por medio de una cuenta bancaria, como es nuestra costumbre.

—Una jubilación anticipada.

—Muy anticipada. Usted tiene muchos años por delante. Daría cualquier cosa por tener su edad...

—Ahórrese el panegírico.

Se levantó, rígido. No era agradable sentirse inútil, jubilado a los treinta y cinco años. Pero antes de despedirse, dijo:

—¿Se ha preguntado usted qué es lo que voy a hacer de ahora en adelante?

—No.

—Ya lo imaginaba. Socialmente, no puedo dedicarme a ningún trabajo normal. No estoy preparado para nada. Para nada decente y honesto quiero decir.

—Usted ya sabía esto cuando se alistó, Jordán.

—No trato de acusarle a usted. Claro que lo sabía. Pero cuando un hombre se lanza a una carrera como la mía, nunca piensa en el día en que sus nervios fallarán, en que será demasiado viejo para seguir metiendo la cabeza en la boca del león.

Los ojos helados del hombre sentado a la mesa parecieron humanizarse por un instante.

—Le deseo toda la suerte del mundo —dijo—. Y recuerde que, incluso estando fuera de servicio, nos debe una cierta lealtad. Al mismo tiempo, si personalmente puedo hacer algo por usted, lo haré.

—Gracias, señor.

Se dirigió a la puerta sin estrechar la mano que el otro ya le tendía.

La puerta se cerró y el hombre de cabellos blancos pareció hundirse un poco más en su sillón.

Lamentaba aquella despedida. Pero Frank Jordán no era el primer hombre a quien había despedido. Había habido muchos otros antes que él.

Y todavía muchos más que ni siquiera pudo despedir, porque quedaron sepultados anónimamente en cualquier remoto lugar del

mundo, olvidados de todos, abandonados como perros sin dueño. Frank Jordán, no obstante, era de otra manera, de una clase que casi siempre sobrevivían en aquel endiablado trabajo porque carecían de escrúpulos a la hora de matar. Empleaban los mismos métodos que el adversario, sólo que eran más rápidos, más salvajes, más despiadados que otro cualquiera. A veces, el hombre pensaba que los tipos como Frank Jordán carecían de alma..., como él mismo.

* * *

Frank Jordán tragó el cuarto *whisky* como si fuera una medicina.

El mozo, del otro lado del mostrador, dijo:

—Si quiere emborracharse antes le dejaré la botella, ¿eh?

—No creo que eso me llevara a ninguna parte.

Pagó y salió a la calle.

Anduvo un buen trecho como un autómatas. Anochece y las calles de Nueva York eran un hervidero humano.

La multitud le fastidiaba. Compró un periódico y buscó un lugar cualquiera donde cenar antes de refugiarse en su *suite* del Royal Hotel.

Cenó sin apetito, al tiempo que leía las cabeceras del diario.

Ninguna de ellas logró despertar su interés. El, mejor que todos aquellos reporteros, conocía la situación del mundo, porque en cierto modo había sido protagonista en la sombra de la mayoría de acontecimientos.

Estaba a punto de dejarlo a un lado, cuando un reducido artículo de la quinta página le interesó de súbito.

No era gran cosa. Una noticia suelta de provincias.

Pero en ella se daba cuenta de la misteriosa desaparición de un periodista local, un joven llamado John Leeds.

Salió de nuevo a la calle y se dirigió a la Estación Central.

En su gigantesco puesto de periódicos se expendían los de la mayoría de las pequeñas ciudades del país.

Pidió uno de Garden Bay City.

—Sólo tenemos el *Globe* —dijo la bonita vendedora.

Lo compró.

Allí había más información sobre John Leeds.

Se fue caminando al hotel, llenó la maleta y pidió un taxi por teléfono.

Minutos después estaba camino del aeropuerto para tomar el primer avión rumbo a Garden Bay City...

CAPÍTULO IV

Harper disco un número en el teléfono del bar y esperó, apurando el cigarrillo hasta que se quemó los dedos.

Cuando obtuvo comunicación dijo:

—El tipo sigue haciendo preguntas por toda la ciudad, Nick. Ya no cabe duda. Está buscando a Johnny Leeds.

Escuchó pacientemente. Su forma simiesca se contrajo de satisfacción al escuchar las instrucciones.

Después asintió:

—Muy bien, nos ocuparemos de él... ¿Cómo? ¡Pero lo mejor es tirarle al mar con un buen lastre, Nick...! Está bien, está bien... Sí, sólo un buen repaso, está claro.

Colgó y regresó al mostrador, donde Mallet le esperaba.

—¿Qué dijo?

—Se está volviendo blando... No quiere que le demos lo suyo.

—¿Entonces, qué? —Gruñó Mallet.

—Sólo un repaso, para convencerle de que cambie de aires y no vuelva nunca más por aquí.

—Bueno.

—¿Sabes dónde anda Browne?

—Seguramente con esa fulana que tiene, Llama a su casa y dile que se reúna con nosotros esta noche. —Sigo pensando que...

—No te pagan para que pienses. Ni a mí tampoco. Así que vamos a ocuparnos de ese tipejo.

—¿Ha vuelto a salir?

Mallet dirigió un vistazo a la fachada del otro lado de la calle.

—Todavía sigue ahí dentro. Yo le seguirá cuando aparezca, mientras tú te reúnes con Browne. Cuando lo tenga «fijado» te llamaré por teléfono y le daremos un repaso.

—¿Qué demonios estará haciendo tanto tiempo allí dentro?

—Hablando con el jefe de Leeds, seguramente.

—Lo que no entiendo es de dónde ha salido ese fulano. Ni por qué busca a Leeds con tanto ahínco... El chupatintas no era nadie importante como para que vengan forasteros a interesarse por él.

—Ya nos lo dirá cuando le tengamos donde debe de estar.

—Bueno.

Harper vació el vaso de un trago y se largó.

Mallet continuó con su vigilancia.

Al otro lado de la calle, sobre la fachada, campeaban las letras del *Globe*.

Y dentro, en la oficina de Fred Heckeler, propietario director y jefe de redacción del diario, Frank Jordán trataba de disipar la desconfianza que su inesperada presencia había despertado el polifacético periodista.

—Johnny Leeds nunca me habló de nadie llamado Frank Jordán. Comprenda que es extraña su aparición aquí tan de repente.

No apartaba la atención de su visitante. Tampoco podía explicarse aquella sensación de frío que le dominaba desde que Jordán hiciera su entrada en el despacho. Era como si unos dedos de hielo tocaran un «estacatto» en su espina dorsal...

Quizá fuera debido a la hipnótica mirada de aquellos ojos, quietos, de un gris tan claro que inquietaba, profundos como un lago de hielo.

Aquella mirada daba la sensación de que estuviera preguntándose dónde hundirle un cuchillo, cómo hundírselo de modo que doliera más... o quizá calculando las medidas de su ataúd.

Y eso no contribuía a disipar su desconfianza.

Jordán dijo:

—Johnny fue compañero mío hace años..., hicimos una gran amistad. Además, me salvó la vida. Si he venido fue porque leí en el periódico que se había esfumado y que se temía un atentado.

—Voy a ser sincero con usted...

—Estoy esperándolo desde que llegué.

—No me refiero a esa clase de sinceridad.

—¿Entonces, qué?

—Usted puede ser un miembro de la camarilla que controla la ciudad. Pueden haberle enviado aquí para sonsacarme lo que Johnny pudo haberme revelado antes de su desaparición. ¿Comprende?

—También podría ser un marciano. Métase eso en la cabeza, Heckeler. Si es cierto que han matado a Johnny y que eso ha sido obra de una cuadrilla, ya puede usted ir ampliando el cementerio de

este poblacho, me ayude usted o no.

—Si conociera las interioridades de la localidad, no hablaría tan alto.

—He conocido la basura en todas partes y en todas sus formas. Y eso me interesa particularmente. Por mí, este condenado poblacho puede pudrirse bajo una montaña de estiércol, político o no. Pero quiero encontrar a Johnny Leeds.

—Lo pensaré.

—¿Qué infiernos es lo que tiene que pensar?

—Si confío en usted o no. Necesito hacer algunas averiguaciones, ya sabe.

—¿Sobre mí?

—Sí.

—Ya va usted listo. Tropezará con que ni siquiera existo.

Se levantó, irguiéndose en toda su poderosa estatura. Heckeler distinguió el sospechoso bulto que deformaba la americana de su visitante en su sobaco izquierdo.

Antes de encaminarse a la puerta, Jordán preguntó:

—¿Dónde vivía Johnny?

—Tenía un apartamento en Longfellow Drive, cerca de la playa. El número es el cincuenta y seis.

—Daré un vistazo por allí.

—Supongo que ya lo hizo la policía.

—¿Y qué?

—No encontró nada. Y si lo encontró, es igual. A estas horas debe haber desaparecido cualquier posible evidencia.

—De modo que *es* así como trabajan...

—¿Qué creía usted?

—Nada.

—¿Por qué no va a preguntarles a los polizontes, Jordán?

—Lo haré también.

—Cuando haya sacado alguna conclusión, vuelva a verme. Quizá para entonces yo haya decidido si debo confiar en usted o no.

Jordán gruñó una despedida y salió.

Incluso entonces, en la atmósfera quedó flotando aquella inquietante sensación que se desprendía de él. Heckeler dominó un escalofrío y trató de volver su atención al trabajo.

Le costó mucho más de lo acostumbrado.

Frank Jordán parpadeó bajo el caliente sol de la tarde. Encendió un cigarrillo en la acera y echó a andar sin rumbo determinado.

Minutos más tarde se detuvo en un bar y pidió café.

Una mueca de burla asomó a su rostro. Quien fuera que sentía interés por sus pasos no cabía duda que no era ningún profesional.

Volvió a salir encaminándose al hotel, se encerró en su habitación.

Desde la ventana podía ver los esfuerzos de Mallet, al otro lado de la calle, para pasar desapercibido sin conseguirlo. El voluminoso pistolero no era precisamente un lince para disimular su presencia.

Cuando cayó la noche, Mallet desapareció por un corto espacio de tiempo.

Jordán continuó en su habitación, esperando con la misma paciencia de la araña.

Así vio el coche que se detenía poco después, y a Mallet surgiendo de un portal para acercarse al vehículo con aires de conspirador.

Sonrió en la oscuridad del cuarto.

Quince minutos más tarde, abandonó el hotel y se entretuvo el tiempo suficiente en la acera para que todo el mundo pudiera verlo.

Después, se alejó pausadamente.

El coche negro se puso en movimiento también, en su misma dirección.

La calle estaba muy transitada y había una perfecta iluminación.

Jordán siguió por ella hasta la esquina de otra transversal, estrecha y cuya luz dejaba mucho que desear.

Torció la esquina y se internó en las sombras.

Un minuto más tarde oyó los pasos de alguien que se aproximaba y relajó los músculos. Por el rabillo del ojo distinguió el coche más atrás, sólo con sus luces de situación encendidas.

Al fin notó el cañón de una pistola en la espalda y una voz ronca ordenó:

—No te muevas, pichón, si no quieres ver tus tripas esparcidas por la acera.

—Tú aprendiste en una buena escuela... ¿Qué sigue ahora?

—No te pongas nervioso. Vas a acompañarnos a dar un paseo.

—¿Quién está nervioso?

El coche se detuvo junto al bordillo. Otro hombre saltó de él.

—Regístrale, Harper —dijo Mallet.

Harper encontró la poderosa «Luger» en la funda axilar y no pudo

contener un silbido. —¡Infiernos!— barbotó. —Fíjate qué petardo... —Al coche. Y nada de tonterías.

Jordán se dejó empujar. Quedó sentado en el asiento trasero, entre Harper y Mallet. El coche aceleró y se pusieron en marcha.

Harper dijo:

—Este tipo es idiota, Mallet. Con esa artillería encima y dejarse cazar como un conejo.

—No esperaba que supiéramos de sus andanzas tan pronto.

—¿Puede saberse adónde nos dirigimos? —inquirió Jordán con calma.

—Vamos a darte un consejo, pichón —replicó Mallet—. Te lo daremos escrito y rubricado para que no se te olvide.

—Te lo escribiremos en la piel —cacareó Harper—. Así si alguna vez sientes la tentación de regresar, sólo con que te mires el escrito, cambiarás de idea.

—Con toda esa palabrería lo que quieren decir es que van a aconsejarme que me largue. ¿Es eso?

—Es inteligente el pichón —rió Mallet—. Sólo te equivocas en lo del consejo. No será ningún consejo, sino una orden terminante.

Habían dejado atrás la ciudad y el coche corría por una estrecha carretera que bordeaba la costa. Aquí y allá brillaban las luces de las casas residenciales esparcidas por las laderas, sobre el mar, como ojos en la noche.

Al fin, el auto enfiló un desvío y sus ruedas no tardaron en chirriar sobre la arena que el viento había esparcido por el asfalto.

—Aquí está bien, Browne —ordenó Mallet.

El coche se detuvo al amparo de un roquedal escarpado. El mar cabrilleaba a poca distancia, más allá de una franja de arena salpicada de rocas.

—Abajo. Vamos a empezar con el mensaje —dijo Harper.

Jordán se deslizó fuera del coche. Browne abandonó el volante y rodeó el vehículo para reunirse con ellos.

Mallet empujó a su cautivo hasta el pie del roquedal, dejándole de espaldas a la roca.

—Ahora la orden —gruñó—, porque después no estarás en condiciones de oírnos siquiera. Queremos que te largues de aquí. Para no volver. ¿Está claro? Vuelve al lugar de donde viniste y olvídate de Garden Bay City, de Johnny Leeds y de que estuviste

haciendo preguntas donde no debías.

—A propósito de Leeds. ¿Dónde está?

—Te entristecería saberlo. No queremos que estés triste.

Y Mallet disparó su puño como un jamón.

El puño zumbó al cortar el aire, recto a la cara de Jordán.

Se oyó un aullido terrible cuando el puño se aplastó contra la roca.

Mallet retrocedió a saltos, acunando su puño hecho migas y rugiendo maldiciones, sin comprender que aquella cara se hubiese podido mover con tanta celeridad.

Harper barbotó:

—¿Qué diablos te pasa? ¡Tú quieto ahí!

Su pistola rubricó la orden. Jordán se inmovilizó, mientras los aullidos de Mallet descendían de tono.

—¡Ese maldito! —barbotó—. ¡Se ha movido!

Eso parecía amargarle la noche.

Miró su mano, que le dolía como un demonio y soltaba sangre a chorros.

—¡Te haré un trabajo completo! —juró—. Con el cuchillo esta vez, y trata de moverte entonces...

—Si mueve un dedo le agujereo las tripas a pesar de las órdenes —prometió Harper. Jordán dio un vistazo al tercer miembro del grupo. Browne estaba a corta distancia, con las manos en los bolsillos y contemplando la escena sin alterarse.

Mallet sacó un cuchillo automático del bolsillo. Presionó el resorte y la hoja de acero emitió un chasquido al saltar fuera de la empuñadura.

—Si intenta moverse siquiera, dispárale a las piernas, Harper.

La mirada de Jordán, en la oscuridad, chispeaba con reflejos de hielo. De espaldas a la roca vio moverse a Mallet con su cuchillo empuñado con la izquierda, el rostro crispado de dolor y cólera.

No se movió. Estaba tenso y alerta. Ni siquiera cuando el asesino echó el brazo armado hacia atrás hizo el menor movimiento.

Luego sí. Cuando el cuchillo relampagueó, sus dos manos emprendieron un viaje tan centelleante que los ojos de los pistoleros no pudieron captarlo hasta que ya era demasiado tarde.

Demasiado tarde para Mallet.

Aquellas manos habían sido endurecidas durante meses y meses de entrenamiento. Los bordes exteriores tenían la dureza del hierro, y

fueron ambos bordes los que golpearon secamente los dos lados del cuello del pistolero.

Las vértebras de Mallet crujieron. Pareció el sonido de una caña que se rompe. La cabeza de Mallet se dobló, suelta, de tal modo que por un instante pareció que iba a desprenderse de los hombros.

Harper no se dio cuenta inmediatamente de lo que ocurría. Sólo advirtió que su víctima osaba moverse y disparó bajo, a las piernas.

La bala arrancó esquirlas de roca y aulló al rebotar.

Jordán atrapó el cuerpo de Mallet cuando se doblaba y lo sostuvo frente a él como un escudo.

Harper le dio al gatillo de nuevo, enfurecido. La bala se hundió en el cuerpo de su compinche, aunque Mallet ya no la sintió porque había muerto cuando las manos de Jordán le rompieron el cuello.

Browne sí se percató de lo que estaba ocurriendo y gritó una advertencia, al tiempo que empuñaba a su vez una pistola.

Harperladeó la cabeza.

—¿Qué dices? —bramó—. ¡Dispárale en lugar de hablar tanto!

—¡Apártate, imbécil! —replicó Browne.

Jordán levantó el cadáver de Mallet. Fue toda una exhibición, porque en sus poderosas manos el corpachón pareció convertirse en un muñeco de paja.

Mallet voló igual que lanzado por una catapulta, atrapó a Harper en mitad de su vuelo y los dos rodaron por la arena en un revoltijo de brazos y piernas.

Frank Jordán pareció esfumarse momentáneamente, tan vertiginosamente se movió en la penumbra. Browne, loco de ira, disparó rápidamente, aunque sus balas se limitaron a picotear las rocas.

Jordán rodó a un lado, dio un brinco y quedó de pie. De su mano partió una roja llamarada y Browne no pudo contener un quejido cuando una bala le barrenó el cuerpo más abajo del cinturón.

Dio un traspies, retorciéndose de dolor y angustia. La pequeña pistola de Jordán ladró una vez más y Browne dejó de quejarse definitivamente. Cayó y hundió la cara en la arena.

Harper, jurando, gruñendo y maldiciendo, consiguió al fin desprenderse del peso muerto de Mallet. En su vida había sentido tantos deseos de matar como esa noche. En su estrecho cerebro no cabía la idea de que una de sus víctimas se resistiera de aquel

modo.

Apretó la pistola y al intentar incorporarse, un pie, que surgió de la oscuridad, le pateó la cara brutalmente.

Aulló. Disparó a ciegas, maldijo y un nuevo puntapié le cerró la boca arrancándole casi todos los dientes.

Después sintió que le quitaban el arma de la mano y la voz de su enemigo diciendo:

—A ti te necesito vivo...

Se revolvió con desesperación. Recordó de pronto que sujeta al cinto llevaba la enorme pistola que le quitara a Jordán y trató de alcanzarla.

El puntapié que estalló sobre su nariz le hizo olvidarse de la pistola y hasta casi de que estaba vivo.

Jordán se inclinó, recuperó su arma y se guardó el pequeño revólver en la discreta funda del costado derecho del pantalón.

Después dijo:

—Tú te llamas Harper, ¿no es cierto?

El sádico asesino gimoteó.

—Arriba —le ordenó Frank—. Vamos a charlar un poco tú y yo.

Aterrorizado, Harper sentóse en la arena. Cerró los puños, rabioso. Los notó llenos de arena. Arena que si pudiera arrojarla a los ojos de su adversario le daría la oportunidad de vengarse...

Jordán parecía adivinarle los pensamientos. Volteó el brazo y la «Lüger» golpeó con tanta violencia la cara de Harper que el pómulo cedió. Hubo un crujido de huesos, un corto alarido y el asesino perdió el conocimiento.

Frank Jordán encendió un cigarrillo y esperó de pie, fumando con paciencia mientras se deslizaba el tiempo.

El mar susurraba a corta distancia. Sobre la playa, las olas dejaban regueros de blanca espuma en su eterno ir y venir. Por lo demás era una noche quieta y plácida, con una brisa tibia y salobre que traía aromas de mar, de lejanas tierras, de sueños imposibles flotando en su inmensidad oscura y misteriosa.

Cuando hubo apurado el cigarrillo, Jordán agarró a Harper por los cabellos y lo arrastró hasta el borde del agua.

Para el criminal, el mar no era ningún sueño de quimera. Ni traía aromas de lejanas tierras.

Para él, el mar era sólo agua endiabladamente salada entrándole

por la boca, por los ojos y por los oídos.

Quejándose, sacudió la cabeza tratando de huir del ahogo que le invadía.

Jordán gruñó:

—Bebe un poco más, Harper...

Éste lanzó una sucesión de quejidos. Su pómulos roto parecía absorber toda la sal del mar y laceraba en oleadas de dolor todo su cuerpo.

—¡Basta! —barbotó.

Su voz sonaba de modo quebrado y absurdo a causa de su cara rígida.

Frank aflojó la presión. Dijo:

—Háblame de Leeds, Harper. Con detalle, ¿comprendes?

—Pregúntales a los otros.

—Tus compinches están muertos.

Apenas podía creerlo.

—¿Quién... quién es usted...?

—Eso no importa ahora, pero si insistes puedes llamarme míster Verdugo.

—¿Qué?

—Ya lo oíste. Soy el verdugo para ti. Todo consiste en morir rápidamente o con lentitud. Elige.

—¡No puede...!

—No hay nada que yo no pueda hacer.

El pánico se adueñó de Harper. No tanto por la perspectiva de morir, ya bastante mala de por sí, como por la manera como aquel hombre lo decía, por aquella voz..., por aquellos ojos extraños que en la oscuridad parecían fluorescentes...

—Háblame de Johnny Leeds, ¿sí?

—No sé nada... Ellos se ocuparon de Leeds...

—Prueba otra vez.

La mano, como una garra, le hundió la cara en la mojada arena. La ola llegó, sumergiéndole en dolores de agonía, ahogándole...

Cuando el agua se retiró Harper se contorsionó entre espasmos y arcadas.

—Leeds, ¿recuerdas? —insistió Jordán con la misma voz tranquila

—. ¿Está vivo o muerto?

—Se lo llevaron —aún trató de esquivar el asunto Harper—. A él y

a la mujer...

—¿Qué mujer?

—Lil Frant...

—¿Quién es ella?

—Una furcia... de postín...

—¿Adónde los llevaron?

—No sé...

Jordán le arrastró un poco más. Le hundió la cabeza en el mar, apoyó el pie en su nuca y lo dejó allí mientras Harper se debatía sin fuerzas, tragando agua y arena a partes iguales.

Cuando le soltó se quedó muy quieto. Tanto que Jordán hubo de arrastrarle hacia atrás para que no se ahogara.

Harper continuó inmóvil convertido en una piltrafa.

De nuevo, Jordán aguardó pacientemente. Tranquilo, sus dedos ni siquiera temblaban cuando encendió otro cigarrillo y lo apuró hasta el final, dejando flotar su mirada por la inmensidad del océano sobre el que, como una gran lanza de plata, la luna tendía sus reflejos con amorosa pereza.

Y de pronto se sorprendió a sí mismo recordando otras noches, en otros mares lejanos y exóticos, con la muerte rondando a su entorno, con el caliente y viscoso contacto de la sangre...

Sacudió la cabeza, disgustado. Recordar no era bueno, no traía consigo ninguna ventaja.

Sacudió a Harper hasta que éste emitió un débil quejido, como el de un gato moribundo.

—Harper —dijo—, queda mucha agua en el mar aún... No podrás engullirla toda porque te ahogarás antes. ¿Entiendes?

—¡Mal... maldito...!

—Johnny Leeds, ¿dónde está, y quién mandó cazarlo?

—Nick...

—Sigue...

—Hullinger.

—Adelante, no te detengas ahora. ¿Dónde está Leeds?

Harper, a pesar de todo, se daba cuenta de que en cuanto dijera que Leeds había sido torturado hasta la locura él sería hombre muerto.

Sollozó con desesperación.

—¡No sé... fueron ellos! —balbució, con dolores terribles en su cara rota, con los pulmones ardiéndole.

Jordán se encogió de hombros. Le hizo rodar como un muñeco y le aplastó la cara de nuevo contra la arena, bajo el agua de la orilla. Harper volvió a patalear con desesperada angustia.

Después se quedó quieto.

Jordán le arrastró una vez más, gruñendo. Tenía los pies inundados de agua y sus pantalones estaban chorreando.

—La próxima vez te quedarás ahí hasta que revientes —prometió.

Sólo que ya no habría próxima vez.

Harper estaba muerto.

Tan pronto lo comprobó, Jordán sintió tentaciones de darse de cabeza contra las rocas.

Se había pasado de rosca.

¿Tendría razón el viejo y él estaría acabado definitivamente?

Estaba seguro que poco tiempo atrás una cosa semejante no le hubiera sucedido.

Hubiera sabido controlarse perfectamente, midiendo el riesgo y el tiempo.

Y ahora Harper estaba muerto y él continuaba sin saber con certeza lo que le había sucedido a Johnny Leeds, ni dónde estaba, ni quién era Nick Hullinger, ni aquella furcia que según Harper se llamaba Lil Frant y había sido cazada junto con Johnny...

Dejó los cuerpos donde estaban y retrocedió hacia el coche.

Era un gran sedán negro. Sentóse ante el volante y lo puso en marcha, dio la vuelta y enfiló el sendero hacia la carretera.

Reconoció que estaba furioso.

Eso era inadmisibile en un hombre como él, adiestrado para saber controlarse incluso en las más desesperadas situaciones.

—El maldito buitre tiene razón... Ya no sirvo —monologó en voz alta—. Estoy acabado, listo definitivamente...

Llegó arriba y torció en la carretera para regresar a la ciudad.

Entonces oyó un bronco rugido, hubo un centelleo de faros y una especie de cohete rojo surgió de la noche y le embistió de refilón con un estrépito endiablado.

El sedán saltó de costado, pegó contra las rocas, dio un bote y se quedó chirriando, aplastado como una lata de sardinas.

Algo estalló en el cerebro de Jordán. Algo como una llama multicolor que se apagó después poco a poco envolviéndole en la más negra oscuridad.

Podía haber sido la oscuridad de la muerte, si Jordán no hubiese tenido la cabeza tan dura...

CAPÍTULO V

El *whisky* era bueno.

Las manos eran suaves y tibias.

La voz era cálida y parecía llegar de muy lejos.

Jordán pensó que para estar muerto la cosa no era tan mala como siempre había creído.

Sintió el líquido en la boca y esta vez trató de paladearlo, pero el *whisky* llegó a su garganta demasiado rápido y él empezó a toser.

—¡Oiga! ¿Dónde está herido? ¡Por favor, respóndame...!

Parpadeó. Ese simple movimiento despertó un agudo mazazo de dolor en su cabeza.

Maldijo entre dientes. No recordaba nada de nada. Sólo que había una voz suave que llegaba de muy lejos, y unas manos dulces que repasaban su cara, y un *whisky* estupendo que no obstante ardía en su garganta...

Cuando abrió los ojos vio una cascada de oro sobre su rostro. Oro fino y que se ondulaba con la brisa...

—Hola —fue todo lo que dijo—. ¿Qué es esto, el paraíso o el infierno? Siempre me pregunté si...

—¡Dios bendito! Creía que iba usted a morir.

—Ah, pero... ¿aún estoy vivo? Entonces, ¿quién demonios es usted?

—Susan Palmer.

—No creo que los ángeles tengan apellidos..., de modo que no estoy en el paraíso.

Logró sentarse en el suelo. Entonces descubrió el aplastado sedán que parecía haber querido empujarse en el roquedal.

—Ya recuerdo... un bólido rojo conducido por un bastardo se me vino encima..., traté de esquivarlo y me fui contra las rocas...

—Está hablando con el bastardo.

—¿Qué?

Ella dijo:

—Yo conducía el coche rojo.

—Ya veo... Siempre supe que quien me mandaría al infierno sería una mujer. ¿No está usted herida, hermana?

—No..., sólo el coche un poco abollado, pero nada más.

—¡Qué cosas! ¿Cómo dijo que se llama?

—Susan.

—Palmer, ya recuerdo.

Se levantó. Sintió todos los huesos doloridos y soltó una seca maldición:

Ella murmuró:

—No debe preocuparse por el coche..., le indemnizaré sin necesidad de que recurra al seguro. Yo...

—Olvédelo. Ese coche ni siquiera es mío. Y a su dueño apuesto que no le importará que se lo hayan convertido en un sacacorchos. Sólo lléveme a la ciudad.

Trató de ver a la mujer con detalle, pero estaba demasiado oscuro a la sombra del promontorio.

—¿Puede andar? —inquirió ella—. Apóyese en mí.

—Usted me pone nervioso. El día que no pueda sostenerme sobre mis propias piernas será mejor que me pegue un tiro. Vamos.

Atravesaron la calzada. El bólido rojo estaba detenido a un lado. Frank lo identificó de inmediato como un «Masserati» deportivo y ahogó un silbido. Aquel coche debía haber costado más de diez mil dólares...

Rodaron hacia Garden Bay City en silencio, hasta que ella murmuró:

—¿Va usted a denunciar el accidente?

—No parece gustarle la perspectiva, ¿eh?

—Me preocupa sólo por papá... Se pondrá furioso. Ya le dije que estoy dispuesta a indemnizarle.

—No lo denunciaré.

Ella no pudo contener un suspiro.

—Gracias —dijo.

—Pero no para evitarle una azotaina de su padre, hermana, no se haga ilusiones.

—De cualquier modo, gracias.

Unas millas más adelante surgieron las luces de un parador.

El las señaló.

—¿Qué tal si se detiene para recuperar fuerzas? Ahí debe haber café y *whisky*, supongo.

—¿No se ha dado cuenta de su aspecto? Llamaríamos demasiado la

atención.

—¿Qué pasa con mi aspecto? Estoy entero, creo.

—Pero sus ropas no.

El descubrió entonces que tenía el traje desgarrado de mala manera, estaba sucio y por la abertura de la chaqueta asomaba la culata de la enorme pistola.

La cubrió tratando de disimularla, pero Susan añadió:

—Esa pistola también despertaría la suspicacia de la gente, ¿no cree?

—¡Cristo! Me ha visto armado y me ha recogido usted así como así... ¿Qué clase de loca es, nena?

—Le he ayudado, eso es todo.

—Puedo ser un vagabundo... un salteador, un asesino sexual o algo así. ¿No lo ha pensado?

Ella sacudió la cabeza.

—Por lo que yo sé, los asesinos sexuales no tienen su tipo.

—¿Qué diablos quiere decir, qué pasa con mi tipo?

—Usted no necesita recurrir a la violencia para tener a la mujer que desee.

—¡Maldita sea mi estampa! ¿En qué escuela aprendió usted, hermana?

Ella rió entre dientes.

—¿No ha oído hablar de la nueva generación?

—¿Cuántos años tiene?

—Veintidós.

—Ajá, eso explica muchas cosas.

—¿Y usted?

—¿Yo qué?

—Cuántos años tiene, quiero decir.

—La última vez que me detuve a pensar en eso sumé un millón.

—No puede ser tan viejo.

—Nunca aprendí a quitarme años de encima.

—Aunque, pensándolo bien, sí, parece usted un viejo de mil años..., sobre todo si una se fija en su mirada.

—¿Tiene ojos de gato? Yo estoy tratando de verla en esta oscuridad y no consigo nada.

—Acérquese un poco si quiere...

Él se inclinó hacia la muchacha.

Era de una belleza asombrosa, tan suave, limpia y grácil que parecía aún más niña.

Pero tenía labios de mujer. Unos labios carnosos, turgentes y húmedos.

Jordán se inclinó un poco más y los rozó con los suyos.

—No le dije que se acercase tanto —le advirtió ella con voz fría.

—Fue solo un tanteo.

—Ya tanteó más de la cuenta. Apártese un poco más ahora.

—Me pregunto si el resto de su figura es tan sugestivo como su rostro...

—No se le ocurra tantear también por ese lado o le arrojaré a la carretera.

—Tranquila, hermana. Estoy demasiado débil aún.

Entraron en la ciudad y la muchacha redujo la marcha hasta detener el coche en una esquina, casi bajo una enorme marquesino que cruzaba la acera en toda su amplitud.

—¿Es aquí donde me arroja a la basura?

—Usted quería tomar café. Yo vivo ahí.

—Mi estimación hacia usted crece por momentos...

Descendió del coche y dio un vistazo al edificio de tres plantas.

Había un gran rótulo apagado en la fachada anunciando una casa de alta costura. Unos inmensos escaparates exhibían unos maniqués vestidos con creaciones de última moda, si es que él entendía algo del asunto.

—¿Es aquí donde se viste usted también?

—En cierto modo —dijo ella, introduciendo una llave en la cerradura de una puerta lateral.

Se encendieron las luces de la escalera. Los peldaños eran de mármol negro, vetado y brillante.

Subieron juntos. La decoración debía haber costado una fortuna.

Cuando entraron en el apartamento, Jordán, que nunca se sorprendía por nada, quedó boquiabierto.

—No me diga que esta choza es suya, hermana...

—Por lo menos, la pagué. Al contado.

—Usted hace que experimente un agudo complejo de inferioridad.

Era un lugar exótico, pero con una atmósfera propia, suave de color, que infundía una relajación absoluta.

Ella dijo:

—Póngase cómodo mientras preparo el café. Ese mueble del rincón es un bar..., pero no se emborrache demasiado aprisa.

Le dejó solo. Frank deambuló de un lado a otro admirando las pinturas que colgaban de las paredes.

Eran originales de firmas muy cotizadas. La opulencia casi le apabulló.

Acabó detrás del bar y eligió una botella de escocés. Lo probó, comprobando que era legítimo. Llenó el vaso hasta la mitad, encontró el hielo en el diminuto refrigerador especial y entonces fue a derrumbarse sobre el enorme diván curvo que ocupaba todo un ángulo de la gran sala.

Estaba saboreándolo cuando ella reapareció. Traía una bandeja con tazas, crema y una cafetera humeante.

También se había cambiado de ropa y su presencia pareció erotizar hasta el aire.

Jordán comentó:

—No debería vestirse así ante un desconocido. Hay quien es débil de cascos y no podría contenerse.

—Espero que usted sea distinto.

—Hermana, he conocido mujeres de todos los tipos, razas y colores. Quiero decir que he aprendido a controlar mis impulsos, pero usted es algo especial.

—Beba su café.

—No estoy hablando del café.

—Yo sí. ¿Crema?

—No, lo prefiero negro. Sin azúcar, por favor.

La recorrió descaradamente con la mirada. Sus pequeños y prietos senos desafiaban todas las leyes de la gravedad y atirantaban la suave tela que los apresaba. Tenía una cintura inverosímil que realzaba sus firmes caderas y largas piernas de trazado impecable.

Sacudió la cabeza.

—Tiene usted suerte —dijo—. Estoy hecho astillas.

—El café le reanimará.

—Hábleme de usted, ¿quiere? Estoy intrigado.

—Yo también. Respecto a su personalidad quiero decir. Lleva una pistola horrible, ha surgido de un lugar desierto en el que no hay ninguna casa en dos o tres millas alrededor, y cuando ha vuelto en sí después del accidente ni siquiera se ha enfadado conmigo por

haber estado a punto de matarle... Todo esto es para sorprender a cualquiera.

—Muchas veces trataron de matarme. Aún estoy vivo. Por eso no me he enfurecido con usted.

—Ni siquiera me ha dicho su nombre. Es un tipo muy extraño, ¿sabe?

—Frank Jordán.

—¿Forastero?

—En este estercolero sí.

Ella hizo un mohín.

—¿Qué más? —dijo—. Siga hablándome de usted.

—Algún día escribiré mis memorias. Léalas y se instruirá con detalle del modo cómo no se debe vivir. Su café es excelente, hermana.

—No quiere hablar de usted.

—Se me antoja que Susan Palmer es un tema más interesante y sugestivo de conversación.

—Soy una chica como las demás. ¿Qué estaba haciendo usted en aquel remoto lugar de la playa?

El sacudió la cabeza.

—Maté a tres tipos allí. Estaba huyendo cuando usted me cazó.

—¿Sólo a tres?

—No me cree.

—Por supuesto que no. ¿Cree que soy tonta? Déjeme ver su pistola.

El esbozó una extraña mueca.

Sacó la «Luger», apretó el cierre y deslizó el cargador fuera de la culata. Después corrió el cierre haciendo saltar el cartucho que había en la recámara. Sólo entonces le pasó el arma a la muchacha.

Ella tomó la pesada automática. Olió el cañón y sonrió.

—Lo sabía. No ha sido disparada en mucho tiempo... Pero usted es algo muy especial, Jordán. Esa acción de descargar la pistola antes de dejármela...

—Si no fuera algo muy especial estaría pudriéndome bajo tierra hace mucho tiempo. ¿Ha terminado su examen?

Susan le devolvió la pistola, que él volvió a cargar con todo esmero. El arma, en sus manos, adquiriría un significado más letal aún que su, ominoso y normal aspecto.

—Leí alguna vez ese detalle de oler el cañón de un arma para saber

si ha sido disparada recientemente —explicó Susan—. Lo que nunca he leído es cómo debe una comportarse con hombres como usted.

—Yo se lo diré.

—¿Cómo?

—Apartándose lo más lejos posible de hombres como yo. Y ahora, si no le importa dejarme usar su cuarto de baño, quisiera adecentarme un poco para salir a la calle sin que la gente empiece a gritar.

—¿Adónde piensa ir?

—He de hacer algunas cosas aún.

—Quizá pueda ayudarle.

—¿Sabe usted quién es Nick Hullinger? —le espetó de repente.

—El propietario del Crazy Horse y de la mayoría de antros semejantes en toda la ciudad.

La mirada extraña de Jordán semejó enfriarse todavía más.

—Un tipo popular por lo que veo.

—¿Trabaja usted para él?

—No precisamente «para» él. ¿Dónde está ese baño, hermana?

—Por aquí, y no me llame hermana. A papá le molestaría mucho.

—¿Quién es su padre, qué negocios maneja para permitirse tantos lujos, pozos de petróleo?

—Nada de petróleo. Almacenes, fábricas, cosas así...

El cabeceó.

La muchacha añadió con voz burlona:

—Además, es el alcalde de la ciudad.

—¡Infiernos! El gran jefe de la tribu nada menos.

Ahora es cuando usted empieza a interesarme de veras.

—Hace que me sienta poco menos como la más fea del baile si sólo le intereso porque mi padre es el alcalde de Garden Bay City...

—No complique las cosas. Me refiero a mi interés... profesional.

Entró en el cuarto de baño y cerró la puerta.

La muchacha regresó a la sala y volvió a llenar su taza de café. Frunció el ceño en su esfuerzo por aclarar la confusión que comenzaba a dominar su mente.

Había conocido muchos hombres en su posición. Siempre, en todo momento, había sabido cómo catalogarlos, cómo valorarlos y, lo más importante, cómo manejarlos.

Pero con Jordán todo esto no servía de nada. Escapaba a todo casillero en que intentase catalogarlo.

Cuando él regresó se había lavado y adecentado, pero su traje continuaba ofreciendo un aspecto lastimoso.

—Supongo que usted no tendrá algún traje de mi medida —rezongó Jordán.

—Mis pijamas solamente.

—Con ellos creo que aún llamaría más la atención. Gracias por todo, hermana. Perdón, lo olvidé... Susan.

—¿De veras se marcha?

—Tengo trabajo.

—¿A estas horas?

—Cualquier hora es buena para mandar un bastardo al infierno.

—No empiece otra vez.

El rió. Inesperadamente, la sujetó y acercándola casi en vilo, susurró:

—Hace mucho tiempo que no hago... esto.

Y la besó salvajemente en la boca.

Después, dio media vuelta, abrió la puerta, dijo adiós y desapareció.

Susan, jadeando, permaneció un largo minuto inmóvil.

Cuando reaccionó se pasó la lengua por los labios y no supo si maldecir al desconocido o desear que volviera otra vez, pronto, para terminar lo que sólo había empezado.

CAPÍTULO VI

Dio una vuelta cautelosamente en torno al edificio del hotel donde se hospedaba.

Así descubrió los dos hombres sentados en un coche detenido frente a la entrada, al otro lado de la calzada.

Estaban inmóviles como figuras de piedra. No fumaban, no hablaban.

Sólo esperaban.

Jordán supo qué era lo que esperaban.

Debían haber comenzado a inquietarse por la ausencia de los tres matarifes, y sabiendo en qué hotel estaba inscrito aguardaban por si aparecía de nuevo.

Retrocedió y se coló por la entrada de servicio. Subió las escaleras, estrechas y débilmente iluminadas, sin tropezar con nadie gracias a lo avanzado de la hora.

Al llegar a su habitación aplicó el oído a la puerta con cautela. Al cabo de unos instantes oyó el leve crujido del muelle de un butacón. Se irguió.

Había otros dentro.

Titubeó entre escabullirse, bajar a por la llave o derribar la puerta.

Optó por algo diametralmente distinto. Golpeó la puerta con los nudillos perentoriamente, con premura.

Hubo unos segundos de tensión y silencio. Después, una voz bronca gruñó desde el otro lado:

—¿Quién es, qué pasa?

El sacó la automática y exclamó con voz sorda:

—¡Rápido, está abajo!

Picaron el anzuelo. La puerta se abrió y dos hombres casi se atropellaron para salir. Tropezaron con el cañón de la «Lüger» y se quedaron perplejos.

Jordán dijo:

—Será bueno para la salud que ninguno mueva ni las pestañas...

Retrocedan, camaradas.

Encendió la luz y cerró la puerta. Sus ojos de verdugo recorrieron a

los dos pistoleros y, más que nunca, pareció tomarles las medidas para la mortaja.

Ambos individuos sintieron algo muy desagradable revolverles las entrañas, algo como una cuchilla de carnicero hurgando en sus cuerpos sin demasiadas prisas.

—Van a decirme que se equivocaron de habitación, supongo.

Cambiaron una mirada, pero no pronunciaron ni una palabra.

—Vuélvanse de espaldas. Y no aparten las manos de la nuca.

Obedecieron. Estaban enfurecidos, pero el miedo es libre y se había apoderado de ellos ante aquel individuo del cual parecía desprenderse el ardiente palpito del infierno.

Jordán alzó la pistola. Los culatazos resonaron como explosiones, o quizá fueron las cabezas las que sonaron a hueco. Los dos asaltantes frustrados se abatieron de bruces sin un quejido.

Les registró, librándoles de sus pistolas.

Para asegurar su largo sueño les aplicó otro culatazo encima de la oreja. Después apagó la luz y salió, tras cambiarse de traje.

Utilizó de nuevo la escalera de servicio, desembocó en la callejuela y anduvo sin prisas hacia la fachada delantera del hotel.

Se deslizó por las sombras hasta el coche que aguardaba.

Sus dos ocupantes continuaban quietos, esperando.

Su espera terminó de modo distinto a como habían planeado.

Primero fue el largo cañón de una «Lüger» que asomó por la ventanilla. Tras la automática apareció el busto de Jordán.

—Sigan tan quietecitos como hasta ahora —les recomendó—. Sus camaradas se han retirado de la partida, así que vamos a jugar nosotros tres tan sólo.

Los dos individuos sólo movieron los ojos.

Después, uno de ellos trató de salvar por lo menos el prestigio y barbotó:

—¿Qué es esto, un atraco?

—Y de una clase muy especial...

Abrió la portezuela trasera y se instaló en el asiento. La pistola hurgó la nuca del conductor cuando le ordenó:

—Pon en marcha este carricoche y vamos a ver al gran jefe.

—¿Adónde quiere ir?

—No empecemos a complicar las cosas. Ustedes tenían que llevarme a un lugar determinado. Bueno, pues llévenme, es así de fácil.

El hombre encendió el motor, pero no movió el coche.

—¿Y bien?

—Usted debe de estar loco. Tiene una pistola y puede hacer lo que quiera con ella, pero no puede obligarnos a que le adivinemos el pensamiento. ¿Adónde quiere que le llevemos concretamente?

—Para empezar, y en vista de su falta de iniciativa, vamos a realizar una visita de cortesía a Nick Hullinger. Y quiero un viaje sin escalas.

Notó perfectamente el sobresalto de los dos matones. Sonrió en la oscuridad del coche. Al fin, el vehículo se puso en movimiento sin prisas. El chófer conducía con muchas precauciones, como si desconociera la ruta que debía seguir.

Jordán colocó el cañón de la automática contra la nuca del acompañante del conductor, le tanteó el cuerpo y se apoderó de un «Colt» automático de gran calibre.

Hizo lo mismo con el otro. También llevaba su correspondiente artillería, de cuyo peso se vio pronto libre.

—Ahora vayamos al grano. Sus tres camaradas que realizaron el primer intento están en los eternos cazaderos, como diría un buen piel roja. Me gustaría mucho saber por qué ustedes y sus otros dos compinches me habían preparado una segunda recepción.

—¡Váyase al infierno!

—Gracias, no quiero volver a encontrarme con Mallet, Browne y Harper. No congeniamos. Ahora quiero una respuesta. ¿Por qué?

Hubo un silencio. La pistola subió y bajó como una maza. En su viaje de descenso encontró el cráneo del acompañante en su camino y el golpe repercutió dentro del coche como una bomba.

El hombre se fue de bruces contra el salpicadero y se quedó allí unos instantes, quejándose.

El chófer barbotó:

—Pensamos que algo había sucedido con Mallet y los otros. Tal vez usted se les había escabullido y decidimos esperarle en el hotel, eso es todo.

—No es todo. ¿Quién pensó todo esto?

—Nosotros.

—Pruebe otra vez. ¿Fue Nick?

No obtuvo respuesta.

El cañón de la pistola alborotó los cabellos del pistolero.

—¡Sí, fue Nick! —Gruñó al fin, rechinando los dientes.

—Bueno, en este caso el deseo es mutuo, como dijo su compañero. Veremos a Nick... Se recostó en el asiento, mientras el apabullado compañero del chófer se enderezaba acariciándose el cráneo.

De lejos, Jordán distinguió las luces llameantes del Crazy Horse. El coche rodeó el edificio, aislado sobre un promontorio rocoso lindante con la costa, y acabó estacionándose en un pequeño claro entre la vegetación.

—Cuidado ahora —advirtió Jordán—. He sacado un abono para el cementerio de este poblacho, así que tanto da que entierren tres como a cinco. Abajo los dos... Sin prisas.

Abrieron las portezuelas y se apearon. Él lo hizo también con la pistola por delante.

—¿Por dónde, camaradas?

—Allí, hay una puerta de servicio...

—Andando.

Les siguió pisando como un gato. La puerta indicada estaba cerrada y uno de ellos gruñó:

—Es preciso llamar. Hay un guardián arriba, junto al despacho.

—¿Alguna seña especial?

—Ninguna.

—Si es una encerrona, los primeros plomos llevan escritos vuestros nombres y apellidos, para que no haya dudas. Llamen.

Lo hicieron con los nudillos.

Jordán se echó a un lado.

Desde el otro lado de la puerta alguien preguntó:

—¿Quién está ahí?

—¡Moulton!

—¿Tú solo?

—No, traemos compañía.

—Un minuto...

Jordán se apretó contra la pared a un lado de la puerta, viendo el creciente nerviosismo de los dos sicarios del crimen.

De repente, sobre su cabeza alguien gritó:

—¡Al suelo, Moulton!

Los dos saltaron como gamos.

Jordán se escurrió hasta el quicio de la puerta y comenzó a disparar sin prisa.

Los dos pistoleros parecieron tropezar en su carrera y se fueron al suelo en medio de un concierto de alaridos.

Sobre él, una pistola ametralladora envió una ráfaga de plomo hacia abajo. Oyó zumbar el enjambre de proyectiles que se hundieron en la tierra, a pocas pulgadas de sus pies.

Cuando el arma calló, Jordán abandonó su escondite y siempre pegado al muro corrió hasta la esquina. Oyó retumbar otro ametrallador y al volver la cabeza vio cómo saltaban astillas de la puerta, acribillada desde dentro.

Se agazapó en la esquina. Moulton y su compinche estaban muy quietos, aplastados contra la tierra.

Pasaron los minutos lentos, preñados de amenazas.

Al fin, la puerta chirrió y vio la cabeza de alguien asomándose con precaución. Levantó la pistola poco a poco.

Ante la tranquilidad reinante allá fuera, el cauteloso pistolero acabó de salir para explorar el terreno.

Entonces la «Lüger» bramó de nuevo. Un disparo solitario, bronco como un trueno.

El hombre se llevó las manos a la cabeza cuando parte de ésta le volaba por los aires. El «Thomson» que empuñaba rebotó en el suelo escasos segundos antes de que él mismo se desplomara como un fardo.

Jordán se alejó velozmente. Por esa noche no cabía esperar tener una conversación a su aire con el tal Nick. Sería imposible sorprenderle.

Se ocultó entre la vegetación de los jardines posteriores y, dando un rodeo, volvió a la plazoleta donde los pistoleros habían estacionado su coche.

Desde la oscuridad vio cómo algunas sombras fugaces retiraban los cadáveres, desapareciendo por la misma puerta acribillada.

Después, ésta se cerró definitivamente. Aquellos rufianes estaban convencidos de que el adversario había huido despavorido después del tiroteo. Ni por un segundo imaginaron que pudiera estar tan cerca...

Jordán se deslizó hacia el coche, se instaló ante el volante y manejando con cuidado enfiló la salida y después la carretera, recto hacia la ciudad. Sobre el mar, como una neblina que descendiera del aún estrellado firmamento, la primera y tímida claridad del

amanecer anunció un nuevo día pletórico de incógnitas...

CAPÍTULO VII

Llamó a la puerta suavemente.

La voz de la muchacha, soñolienta, indagó desde el otro lado:

—¿Quién...?

—Su víctima.

Sonó una exclamación de estupor, pero la puerta se abrió sin más y Susan apareció, envuelta en una suerte de nube azul que flotaba a su entorno como un jirón de humo.

El la miró con detenimiento, captando lo que veía y lo que, más sugestivo todavía, se transparentaba a través del nylon.

—¿Sabe usted la hora que es, Jordán?

—Amanece. Dentro de no sé cuánto tiempo será de día y yo no he pegado un ojo en toda la noche. Por lo demás, maldito si me importa la hora viéndola a usted así.

—Entre.

—Va a pillar un resfriado, hermana.

—Usted me ha sacado de la cama.

—Puedo volver a ponerle en ella.

—No necesito su generosa ayuda.

Le dejó solo mientras corría hacia su dormitorio. Cuando reapareció se había echado un batín de seda sobre los hombros.

—Es la primera que al saltar de la cama está más adorable que durante el día —confesó él.

—¿Ha contemplado a muchas al saltar de la cama?

—Sí.

—Lo imaginaba, claro. ¿A qué ha venido, Jordán? Y no me diga que quería verme saltar a mí del lecho.

—No tengo adónde ir.

—Hay hoteles en esta ciudad. ¿No lo sabía?

—Ajá, yo estoy inscrito en uno. Pero hay ciertos caballeros que se empeñaron en no permitirme dormir en paz. Me vigilan. Rastread mis pasos, y le aseguro que sus intenciones hacia mí no son precisamente fraternales.

—Comprendo.

—No diga que va a echarme a puntapiés. Ésta es una mala noche para mí.

—Hay un diván confortable ahí. Dormirá usted bien sino tiene pesadillas ni tentaciones. —Jamás tuve pesadillas, pero las tentaciones me asaltan con frecuencia.

—Estoy segura que sabrá dominarlas. ¿Quiere contarme sus andanzas de esta noche, o puedo volver a acostarme?

—No le gustaría saber mis aventuras..., mejor será que se acueste y sueñe con...

—No siga —le atajó Susan—. Si necesita una manta o algo dígalo ahora...

—¿Con esta temperatura? No, gracias.

Se miraron largamente. La muchacha notó de nuevo el extraño escalofrío ante aquellos ojos que parecían haberlo visto todo, el cielo y el infierno, la muerte y la vida en toda su inmensa crudeza...

—Que duerma bien —murmuró.

Y le dejó solo.

Se quitó la americana y tendiéndose en el diván se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO VIII

Cuando despertó, el sol penetraba a raudales por el ventanal. En la atmósfera flotaba un perfume sutil, turbador como la caricia de una mujer. Desprezándose, se incorporó en el diván y llamó:

—¡Susan!

No hubo respuesta.

Recorrió todo el piso, asombrándose ante los mil detalles de exquisito gusto femenino.

El dormitorio era un prodigio de comodidad íntima y colorista.

Pero no había el menor rastro de la muchacha.

Se metió en la ducha un buen rato. Después entró en la cocina y estuvo preparando café, le añadió crema y lo saboreó sin prisas.

Extraña mujer aquella chiquilla, pensó. Y resuelta, porque pocas muchachas solas hubieran admitido a un hombre armado, desconocido en su apartamento.

Regresó a la sala y al mirar a su alrededor descubrió el periódico y la nota escrita por Susan. Ésta le advertía que volvería antes del mediodía y que las noticias del periódico podían interesarle.

Leyó el encabezado y frunció el ceño.

El *Globe* se había dado maña en publicar el reportaje. Tres hombres habían sido hallados en la playa, muertos. Uno con el cuello roto por un salvaje golpe de karate, según el forense. Otro había sido ahogado deliberadamente y el tercero muerto a tiros.

Se sospechaba que eran delincuentes. Se habían encontrado pistolas disparadas en la arena, y huellas de pies y un coche estrellado contra unas rocas...

Arrojó el diario a un lado y encendió el cigarrillo.

Nick Hullinger debía estar muy preocupado a estas horas, se dijo con satisfacción. Y más todavía encontrándose con tres fiambres entre manos de los que no podía disponer así como así sin verse obligado a dar infinidad de explicaciones.

Al fin, Jordán descolgó el teléfono y llamó a la redacción del *Globe*, preguntando por Heckeler.

—Habla Jordán —dijo cuando obtuvo la comunicación—. ¿Llegó a

una conclusión respecto a lo que hablamos?

—Quizá... ¿Qué pasó en la playa?

—Hablar de estos asuntos por teléfono no es saludable. Con la clase de polizontes que se crían por este estercolero lo más fácil es que tengan intervenida su línea.

—No lo creo, pero venga a verme y hablaremos.

—Lo haré... si no veo ningún comité de recepción por los alrededores de sus oficinas.

—Estaré aquí todo el día y parte de la noche.

Colgó, reflexionando sobre la situación.

Después pensó en Johnny Leeds y casi abandonó las últimas esperanzas de encontrarlo con vida.

Alrededor de las once de la mañana llegó Susan.

A él se le antojó una aparición quimérica, envuelta en su vaporoso vestido mañanero de corte exquisito, gran escote que profundizaba un estrecho abismo entre los senos y carente por completo de mangas y espalda.

—Me preguntaba si aún estaría usted aquí...

—No podía irme sin despedirme de usted. Oiga, ese modelito que lleva, ¿pertenece a esa casa de modas que hay abajo?

—Naturalmente.

—¿No cree que se olvidó la mitad del vestido al ponérselo?

—Si sigue usted mirándome de esta forma empezaré a gritar.

—La miraría igual si estuviera envuelta en una simple sábana.

—Apuesto que entonces pensaría en arrancar la sábana.

—Ya estaba pensándolo ahora. En serio, hermana. ¿Por qué escribió esa nota y me dejó el diario doblado con tanta maldad?

—Quería que viera usted los titulares.

—Ya los leí.

—El coche de que hablan es el suyo.

—Ya – le dije que no era mío.

—Bueno, ya sabe lo que quiero decir.

—Lo sé.

—Usted salía de aquel desvío..., del lugar donde han sido descubiertos tres hombres muertos...

—También lo he leído.

Ella desvió la mirada.

—¿No tiene nada que explicarme?

—No.

—Anoche estaba usted mucho más comunicativo.

—La noche ya pasó, Susan.

—¿Qué es lo que ha cambiado?

—He reflexionado mucho esta mañana.

—¿Y ha decidido que no puede confiar en mí?

El sacudió la cabeza.

—Mezclarla en este asunto sería insensato por mi parte, eso es todo. Cuanto menos sepa mejor para los dos.

—Usted los mató.

—Se lo dije anoche y no me creyó.

—Creí que sólo trataba de burlarse... de crear una atmósfera terrible a su alrededor. —Si ha terminado el interrogatorio me iré ahora. Ella titubeó, hasta que decidiéndose dijo:

—He oído la radio abajo... en el último boletín de noticias han dicho que la policía tiene las huellas dactilares del hombre que conducía el sedán cuando éste se estrelló. Sus huellas, Jordán.

—Eso no les llevará muy lejos.

—Le identificarán fácilmente.

—Si lo hicieran no cabría ninguna duda de que en alguna parte alguien habría cometido un error increíble.

—¿Por qué?

—Eso sería largo de contar. No me inquieta que encontrasen estas huellas.

—¿Hay algo que le inquiete a usted, Jordán?

—Sí. Usted.

—¿Por qué?

—Es algo complicado. En primer lugar, he pasado una noche bajo su techo, a solas los dos, y ni siquiera he intentado hacerle el amor. Eso es raro. En segundo lugar, nunca hasta ahora he pensado dos veces seguidas en la misma mujer, y a usted no puedo apartarla de mi pensamiento. Ésa es una de las razones por las que quiero poner tierra de por medio.

—Creo que es lo mejor para usted... y para mí. —Pero antes me gustaría que hiciera algo más por mí.

—¿Qué otra cosa?

—Arrégleme una entrevista con su padre.

—¿Con papá? —se extrañó la muchacha—. ¿Por qué?

—Porque es el alcalde de este villorrio.

—Quiero decir, ¿por qué quiere hablar con él?

—Si asiste usted a la entrevista lo podrá escuchar.

—A veces es usted detestable, Jordán.

—Con mucha frecuencia, ya lo sé.

—Hagamos un trato. Si yo le consigo una entrevista con papá, usted me contará qué se esconde detrás de su venida. Quiero saberlo, Jordán. Estoy muerta de curiosidad.

—¿A pesar de saber que maté a tres hombres anoche?

—Eran pistoleros..., delincuentes según las últimas informaciones. Sospecho que trataron de... ¿cómo lo llaman? Darle un paseo. ¿Fue así?

El esbozó una mueca.

—Usted ha leído demasiadas novelas policíacas, hermana.

—¿Sí o no?

—Consígame esa entrevista y le contaré una parte de lo que quiere saber.

Ella asintió. Descolgó el teléfono, habló largamente y cuando colgó dijo:

—Papá le recibirá esta misma mañana.

—Entonces, esta noche conocerá usted la historia.

—¿Y por qué no ahora?

—Porque nunca he pagado nada por adelantado.

Alargó la mano y acarició su delicada mejilla con las puntas de los dedos.

—Estoy haciéndome viejo —gruñó—. Creo que sería capaz de perder el control por usted..., casi una chiquilla a mi lado.

Sacudió la cabeza y se dirigió a la puerta.

Cuando ya estaba a punto de salir se volvió.

—Lo olvidaba —dijo—. Fueron seis en realidad.

Salió y cerró de golpe.

Susan quedóse inmóvil. Las palabras del sombrío individuo que acababa de salir quedaron zumbando en sus oídos como un canto funerario.

CAPÍTULO IX

El alcalde Palmer era un hombre de aspecto impecable, rostro enérgico de facciones correctas y agradables, cabellos lisos y grises en las sienes, ropas de precio, ademanes pausados y ojos escrutadores.

Miró a su visitante y se sintió prendido también en aquella extraña sensación de inquietud que parecía desprenderse de Jordán.

—Según mi hija, usted tiene algo importante que tratar conmigo, señor Jordán —dijo tras los saludos—. Puedo concederle muy escaso tiempo esta mañana, pero le escucharé con gusto. Sólo le ruego que sea breve.

—Creo que el tiempo es lo que menos importa ahora, señor alcalde, pero voy a ir directamente al grano. Usted debe haber oído hablar de la desaparición de un periodista llamado John Leeds. Trabajaba para el *Globe*, y por los escasos datos que he logrado reunir parece ser que andaba detrás de una información sensacional sobre la corrupción de este villorrio...

—Permítame un instante —trató de interrumpirle Palmer.

—Permítame a mí terminar y luego veremos qué es lo que usted tiene que decirme.

Parece ser que la policía apenas ha hecho nada en relación con la volatilización de Leeds. Cualquiera podría pensar que les tiene sin cuidado que esté vivo, muerto o convertido en picadillo. Pero a mí sí me importa, señor Palmer. Y mucho.

—Creo que se está usted excediendo, señor Jordán, en sus juicios sobre nuestra policía. Le ruego que no prosiga por ese camino.

—Si lo que sospecho es cierto, estoy quedándome corto. Entiéndame, no me importa en absoluto la policía, ni la corrupción, el vicio y la basura que tengan ustedes aquí. Ése es asunto suyo y no precisamente exclusivo de Garden Bay City. Pero Johnny Leeds es asunto aparte. Y ése sí que es un asunto que me importa, porque Johnny es amigo mío, y por añadidura me salvó la vida hace años...

—Pero...

—Déjeme terminar. Después podrá usted ayudarme a mandar que

me saquen de aquí a puntapiés...

—¿Cuándo conoció usted al joven Leeds?

—El y yo nos alistamos juntos en cierto organismo. Él fue rechazado al poco tiempo... Johnny era demasiado sensible, tenía escrúpulos de conciencia. Estuvo en aquel trabajo el tiempo suficiente de salvarme la vida. Después, le perdí de vista. Y hasta ahora. Por eso quiero encontrarlo... y vivo. Porque si ha muerto, los responsables van a conocer un anticipo del infierno.

—¿Cree usted realmente que ha muerto?

—Parece lo más probable —rezongó Jordán entre dientes—. Lo que sé hasta ahora no me permite abrigar muchas esperanzas. Lo que he venido a decirle es esto, señor Palmer. Utilice su influencia para que la policía empiece a moverse. Que descubran ellos el paradero de Johnny Leeds..., porque si soy yo quien lo descubro, esta ciudad saltará hasta las nubes.

—Mi influencia...

—Eso he dicho.

—¿De veras cree que la tenga?

—Usted es el alcalde.

Palmer se encogió de hombros.

—Dígame una cosa, señor Jordán... ¿Qué le ha parecido mi hija?

—Es una gran chica. Quizá la mejor de cuantas he conocido.

—¿Comprende usted que un hombre pueda estar loco por ella?

—Lo comprendo sin dificultad.

El alcalde suspiró.

—Yo lo estoy —dijo—. Es lo único que tengo... Lo más hermoso de este mundo para mí.

—¿Y...?

—Quizá sea preferible hablarle un poco sobre algo que resulta desagradable. Yo empecé desde abajo, ¿comprende usted? Peleé duro para encararme arriba, luché con uñas y dientes para crearme una posición y lo conseguí, aunque fuera dejando jirones de piel en el empeño. Creé negocios, monté industrias y gané dinero. Ya estaba arriba, era un hombre rico, con una mujer hermosa, una bonita casa y una criatura tan linda como un ángel.

—Siga.

—El hombre es un ser insaciable, señor Jordán. La riqueza creó otras necesidades..., necesidades de relación social, de halagos, de

poder. Yo había llegado arriba, pero seguía teniendo cerradas muchas puertas porque era un advenedizo al mundo cerrado de la opulencia. Por mí poco me hubiera importado. Pero a mi mujer sí le atosigaba ese deseo.

—Ya veo...

—Tal vez lo comprenda mejor si le digo que los más influyentes ciudadanos sintieron un súbito interés por mí. Se abrieron las puertas cerradas, se ofrecieron nuevas oportunidades para mis negocios, fuimos admitidos en los salones más aristocráticos...

—Y todo eso, señor alcalde, ¿a cambio de qué?

—De prestarme al juego político. Me necesitaban porque yo estaba limpio de mancha. La gente confiaría en mí, en un individuo que había salido de entre ellos elevándose hasta arriba por su propio esfuerzo. Bien, era otra oportunidad.

—Y aceptó, naturalmente.

—Eso es. Tuve un par de cargos, siempre arropado por los poderosos. Después, la alcaldía...

—¿Y...?

—Nada. Mi esposa murió. Yo seguí subiendo, soy el alcalde, pero me limito a obedecer órdenes y si no fuera porque uno no puede retroceder cuando se ha llegado tan lejos, lo dejaría todo y trataría de empezar de nuevo.

—Esa historia no es ninguna novedad.

—Para mí, sí. Porque es «mi historia», ¿entiende? Además, está Susan. He de pensar en ella.

—Por supuesto.

—Espero que haya sabido expresarme con claridad.

—Lo ha hecho.

—Si en verdad le ha sucedido algo desagradable a su amigo Leeds, temo que yo no podré hacer nada al respecto. Ni me escucharían. Aquí hay vicio, como lo hay en todas partes en mayor o menor escala. Los que se lucran de ello son los cabecillas del hampa local, pero por encima de ellos están los realmente importantes... Y creo que ya he hablado demasiado, pero necesitaba decírselo, teniendo en cuenta que es usted amigo de mi hija y que... En fin, hay ocasiones en que uno habla o revienta. Ahora ya lo sabe usted todo, Jordán.

Éste cabeceó.

—¿Puede decirme por lo menos el nombre de esos individuos que manejan la corrupción y el vicio?

—Hay varios, por supuesto...

—Nombres, señor Palmer.

Éste sacudió la cabeza.

—No puedo, créame. Aunque para usted no ha de ser difícil averiguarlos.

—Ya veremos.

Los dos hombres se estrecharon las manos, mientras Jordán se disponía a abandonar el despacho.

Miró por última vez al alcalde fijamente. El hielo del temor se filtró hasta lo más profundo de Palmer ante aquellos ojos implacables que le recordaban los de un muerto...

—Antes de irse —murmuró—, ¿puede decirme quién, o qué es usted, Jordán?

—Un jubilado.

Y salió.

Palmer regresó a su mesa con pasos de cansancio.

Tenía el presentimiento de que los tiempos de bienestar se acercaban a su fin.

El negro presentimiento de que aquel hombre, Jordán, con sus ojos implacables de verdugo, había sido llevado hasta la ciudad por el destino.

Y nadie puede torcer el destino.

El, mejor que nadie, estaba capacitado para saberlo. Lo había experimentado en su propia carne y en su propia sangre...

CAPÍTULO X

Heckeler achicó los ojos y sonrió al verle entrar en su despacho.

—Síntese —dijo—. Al parecer, estoy destinado a no poder quitármelo a usted de encima.

—No se queje. Ésta es la segunda visita que le hago, y en plan amistoso. ¿Qué ha decidido?

—Creo que confiaré en usted.

—Entonces, adelante.

—¿No quiere saber las razones por las cuales he dejado de sospechar que forma usted parte de la cuadrilla que domina la ciudad?

—Eso es secundario ahora.

—Se lo diré de todos modos... Al parecer, desde su llegada corren malos vientos para la gente de Nick Hullinger. Se ha desatado una especie de peste negra que los está diezmando.

—No me diga...

—Así es. ¿Ha leído el periódico de esta mañana?

—Seguro.

—Esos tres fulanos que encontraron despatarrados en la playa lo pasaron muy mal al parecer..., sobre todo uno de ellos. Eran tres matones muy conocidos, aunque nunca inquietados por nadie, y menos que por nadie, por la policía.

—Debe haber sido una luctuosa pérdida para la sociedad.

—Para la sociedad del crimen, sí. Pero eso no es todo, Jordán.

—¿Hay más?

—Tres más. Los han encontrado hace apenas una hora, tirados en un despeñadero a escasas millas de aquí. Acaban de comunicármelo.

Frank dibujó una mueca en su rostro inexpresivo.

—Ya veo. Usted piensa que he sido yo quien ha ido de caza esta noche pasada.

—Ajá, eso es lo que pienso, y tengo mis razones. Esos tres últimos también eran pistoleros de la peor especie, asesinos de la vieja escuela. Tienen más muertes en sus historiales que el cólera, aunque

no hayan sido acusados nunca. Lo mismo que los dos que salieron del hotel donde está usted inscrito, muy abollados al parecer.

—Está usted informado con detalle, ¿eh?

—El personal de los hoteles suele ganarse algún dólar de vez en cuando, proporcionándome datos de los huéspedes interesantes. Esos dos fulanos no eran huéspedes precisamente. Se colaron en la habitación de usted. Luego, algo sucedió, porque aparecieron con las cabezas en muy mal estado. Uno tenía la cara llena de sangre y apenas podía sostenerse de pie. El otro estaba un poco mejor, pero también había recibido lo suyo.

—Debieron tener un mal encuentro —comentó Jordán con sarcasmo.

—No tan malo como sus compinches. Ellos, por lo menos, pueden contarlo.

—Resumiendo, que se ha decidido.

Sí. Pero antes déjeme hacerle una pregunta... ¿Ha venido usted en coche?

—Andando. El lugar de donde vengo ahora no está muy lejos de aquí.

—¿No ha observado nada inusitado allí fuera?

—Si se refiere al «Cadillac» y a los gorilas que lo ocupan, sí, lo observé. ¿Le vigilan a usted, o me esperaban a mí?

—Supongo que me vigilan con la esperanza de que usted se deje caer por aquí.

—Entonces, han visto colmado ese deseo. Aunque no es nada bueno para ellos. Ese truco ya les costó caro otra vez.

Heckeler enseñó los dientes en una sonrisa de lobo.

—También hice algunas averiguaciones respecto a usted. No saqué nada en claro a pesar de mis gestiones, incluso en Washington. No hay nada en ninguna parte que indique quién demonios es..., pero entonces recordé algo que Johnny me contó hace años y creo que ya sé el terreno que piso.

—Acepte un consejo, Heckeler. Olvide esta faceta, ¿sí?

—Ya lo olvidé. Ahora, pregunte.

—Sé que esta ciudad está dominada por una pandilla de influyentes ciudadanos. Claro que no son ellos los que hacen los trabajos sucios, sino un tipejo llamado Hullinger, que utiliza un ejército de pistoleros.

—Para el público, quien controla el vicio es Hullinger en persona.

—Eso, para el público. ¿Pudo ser la identidad de esos ciudadanos lo que Johnny estaba a punto de descubrir?

Heckeler sacudió la cabeza.

—Johnny, lo mismo que yo, sabía quiénes son. Pero ni él ni yo reunimos jamás ni la sombra de una prueba con que formular una acusación.

—Entonces, iba tras esas pruebas.

—Iba a obtenerlas de alguien... Ahora sé que de una mujer llamada Lil Frant. Ella desapareció al mismo tiempo que Johnny. En el fondo, yo nunca confié que pudiera averiguar nada realmente destructivo contra ellos hasta que me llamó por teléfono pidiéndome autorización para esos informes. Fue la última vez que supe de él.

—¿Quién es Lil Frant?

—Fue una de las reinas del Crazy Horse en sus buenos tiempos. Una mujer excepcionalmente bella... y lista. Hizo bailar en la cuerda floja a los hombres más ricos de la ciudad, les exprimió como quiso y vivió de modo increíble. Luego, vino la decadencia, pero en lugar de seguir autodestruyéndose como la mayoría de las mujeres que vivían como ella, se retiró a tiempo. Conservó algunos amigos, eso sí. Y adquirió una casa. Si alguien pudo reunir material suficiente con que hacer saltar la tapadera del puchero, fue ella, no cabe duda.

—Nombres, Heckeler.

—No encontrará usted pruebas contra ellos.

—Eso queda por ver.

—Bueno, allá usted... Todos los antros que aparentemente pertenecen a Nick Hullinger son en realidad de Jutson Large. Políticamente, es una potencia aquí. Posee grandes relaciones, dinero y mucha influencia. Johnny iba tras él.

—¿Otros?

Que yo sepa, aunque sin prueba alguna, están Marden Treat y Paul Hand. Los dos tan importantes como Large. Puede estar seguro que no hay vicio, corrupción o negocio sucio que no les proporcione ingresos.

—¿Ésos son todos?

—¿Le parecen pocos?

—Observo que no ha mencionado usted al alcalde Palmer.

—Oh, bueno, Belton Palmer se vio apresado por el engranaje, según yo veo el asunto. Su única culpa ha sido doblegarse a los tortuosos designios de Large.

—Estuve hablando con él antes de venir aquí. Saqué la misma conclusión que usted, y pienso que el hombre está amargado. Fue muy sincero conmigo, al parecer.

—Es un hombre que ganó lo que tiene peleando endiabladamente duro. Luego, la ambición le cegó. La ambición y el ansia de relumbrón que tenía su mujer, aunque ella poco pudo disfrutar de sus triunfos sociales.

—Murió, también me lo ha dicho.

—¿Le contó cómo?

—No.

—La versión oficial es que sufrió un accidente. Se despeñó y murió ahogada en el mar.

Jordán se enderezó en la silla.

—Ésa es la versión oficial... ¿Cree usted que la verdad es otra?

—Ahí es donde me ha pillado, no lo sé. Sin ninguna duda, fue un golpe terrible para Palmer. Estuvo hundido en una crisis nerviosa durante semanas. Pero personalmente, opino que ella se suicidó, aunque no me pregunte la razón porque la ignoro...

—Aunque se hubiese suicidado, ¿por qué lo ocultaron?

—Si sucedió así, debió ser cosa de Large. Por aquel entonces estaba empujando a Palmer hacia la alcaldía. Le necesitaba allí para engatusar a la gente, que confiaban en él, en Palmer. La situación era quebradiza y todo su trabajo y su inversión se habrían ido al diablo con el escándalo del suicidio de su mujer. Así que fue un accidente.

—Entiendo.

—Lo celebro. ¿Cree que algo de todo esto le ayudará a encontrar a Johnny?

—Estoy casi seguro de que a Johnny ya no lo encontraremos... vivo. Usted mismo ha dicho que esos fulanos son pistoleros de la vieja escuela. Saben cómo hacer esta clase de trabajos a la perfección.

Heckeler hizo una mueca.

—Lo siento por el pobre muchacho, de veras.

—Pero alguien pagará, de eso no le quepa duda.

—Ojalá sea así. Pero tenga en cuenta que ni Large ni los otros son asequibles. Por lo menos, sin tener pruebas con que quitarles la máscara.

—Bueno, considero que eso es asunto de la ciudad, Heckeler. Pero si alguno de ellos está realmente mezclado con la desaparición de Johnny, con pruebas o sin ellas puede empezar a encargarse un buen funeral.

—Considero casi imposible que pueda usted relacionar a ninguno con lo sucedido con Johnny. Podrá llegar hasta Nick Hullinger. Para eso le pagan. Pero de ahí no podrá pasar. —Hullinger es un hombre, ¿no?

—Vaya pregunta.

Por lo tanto, sensible al dolor y al pánico.

—Al dolor, sí. Al pánico, no sé... Ese maldito hampón es duro como el diamante.

—¿Y cómo cree que soy yo? —rezongó, levantándose.

Heckeler se quedó con las ganas de preguntarle abiertamente cómo era. Quizá porque, de todos modos, no necesitaba preguntarlo para darse cuenta de que era un siniestro aliado de la muerte...

—¿Qué va a hacer con esos dos que vigilan allá fuera?

Jordán se encogió de hombros.

—Nada —dijo—. Les dejaré que se ganen el sueldo.

—Amigo, ahora Hullinger ya sabe que no puede andarse por las ramas con usted. Habrá dado órdenes concretas y terminantes a sus esbirros, y recuerde que son tipos expeditivos...

—Como los de la vieja escuela, ya lo dijo usted antes.

—Así es.

—Yo también aprendí en una escuela muy dura, Heckeler. Ellos no tienen nada que enseñarme.

El periodista gruñó algo incomprensible entre dientes. Estrechó la mano de Jordán y se quedó mirando fijamente la puerta por donde éste desapareció.

En la calle, el gran coche negro continuaba estacionado en el mismo lugar.

Jordán se detuvo en la acera, le dio un vistazo y decidió que a esas horas del día, a pleno sol, con una multitud en las calles, no se atreverían a desencadenar una batalla.

Llamó un taxi y se hizo conducir directamente a su hotel.

El «Cadillac» se pegó al taxi y no se separó de él en todo el camino.

CAPÍTULO XI

No volvió a salir hasta que hubo cerrado la noche.

Tampoco entonces hizo nada para disimular su presencia, viendo cómo el «Cadillac» se ponía en movimiento cuando él empezó a caminar sin ninguna prisa.

Genó en un pequeño restaurante.

Más tarde se dirigió al teléfono y tras consultar la guía, marcó el número de Susan Palmer.

La voz de la muchacha sonaba cálida en su oído cuando respondió.

—Habla Jordán. ¿Tienes compromiso para esta noche?

—Seguro. Con usted. Me prometió una historia, ¿recuerda?

—Es usted una chica con ideas fijas. Muy bien, estaré ahí dentro de poco tiempo.

Colgó y salió a la calle.

Sólo que esta vez se dirigió recto hacia el coche perseguidor.

—Camaradas —dijo, inclinándose en la ventanilla—, ya me cansé de su vigilancia.

—¿De qué demonios habla? —barbotó el conductor.

—No necesitan representar ese número. No sirve. Vayan y díganle a quien les mandó que la próxima vez que ponga a alguien para seguirme las huellas busque por lo menos a tipos profesionales. Ahora, ¡largo, hijos de perra!

—¡Maldito sea...!

Jordán hizo juegos malabares y su enorme automático rozó la cara del tipo.

—Por las buenas —dijo—. Este trasto arma un estrépito de todos los diablos y no quisiera alarmar a todo el vecindario.

El chófer le dio al motor, el coche dio un salto hacia delante y desapareció.

Jordán echó a andar. Tomó algunas precauciones para asegurarse de que no había nadie más pisándole los talones, y cuando estuvo convencido llamó un taxi y se hizo conducir al domicilio de Susan Palmer.

La muchacha llevaba puesto un vestido de noche sin hombros, ni

mangas, ni espalda. En realidad, parecía medio vestido según la personal apreciación de Frank Jordán, aunque para su gusto sobraba casi toda la tela que descendía en suave vuelo de las caderas hasta el suelo.

—Hola —dijo—. ¿Dónde olvidó el resto del vestido esta vez?

—Es lo más parecido a una sábana que he podido encontrar. Pase.

—¿Quiere decir que tengo opción a arrancárselo?

—Destruiría usted a zarpazos seiscientos dólares y pico.

El silbó entre dientes.

—¿Tienes acciones en esta casa de trapos que hay abajo?

—Todas las acciones. El negocio es mío.

—Debí suponerlo. Una mujer de negocios. Eso explica su condenada seguridad en sí misma. —¿Cenó ya?

—Sí, gracias. Pero aceptaré un trago de ése estupendo *whisky* que guarda para sus amistades.

Se dirigió al pequeño bar. Estaba preparándose el *whisky* cuando ella dijo:

—Escuché los últimos boletines de noticias, Jordán.

—¿Fueron interesantes?

—Míreme.

Él se volvió con el vaso en la mano.

—Encontraron tres cadáveres en las afueras... además de los tres de la playa.

—Seis.

—Acertó a la primera. Debió ser usted una alumna brillante en matemáticas.

Por el bellissimo rostro de la muchacha pasó una sombra fugaz.

—Si ahora le pidiese que me dejara oler el cañón de su pistola...

No terminó:

Él dijo:

—Olería a pólvora sin humo.

Su voz sonó bronca, baja y neutra, muy distinta de la que había sido hasta entonces.

Susan susurró:

—Estaba segura... ¡Por Dios, Jordán, no me mire de ese modo!

—¿Qué le pasa? Usted ha preguntado.

—Pero es horrible..., aunque fueran pistoleros.

—Asesinos a sueldo exactamente.

—Incluso así. ¿Es que no lo comprende, o qué clase de hombre es usted?

Él bebió un trago, salió de detrás del mostrador y fue a sentarse en el diván.

De repente ya no era el mismo hombre que ella conociera.

Su rostro, siempre inexpresivo, era ahora una máscara sórdida en la que relampagueaban aquellos ojos tan claros que daban escalofríos. Unos ojos en los que parecía bullir un fuego al rojo blanco, letal como la misma muerte.

—Quiere usted saberlo —dijo con un gruñido—. Quiere meter su linda naricita en el peor estercolero que puede imaginar, ¿no es eso lo que está deseando?

—Jordán...

—¡Jordán un cuerno! ¿Quiere saberlo, sí o no?

Susan tembló.

—Sí —dijo al fin con voz apenas audible.

—Entonces, siéntese y escuche.

Ella se dejó deslizar a su lado.

De su cuerpo sugestivo, adorable, se desprendía un aroma fresco, limpio y sensual a un tiempo que él no supo distinguir si era un perfume o la fragancia de su propia piel.

—Supongo que habrá oído hablar de las organizaciones de seguridad del país —empezó.

—Sí, claro, como todo el mundo.

—Sólo que ni usted, ni el noventa y nueve por ciento de ese mundo, saben lo que se oculta realmente detrás de esas denominaciones amorfas. ¡Organizaciones de Seguridad! —rezongó—. ¡Basura!

—¿Por qué habla así? Son organismos oficiales, del Gobierno, que trabajan para la seguridad del país.

—¡Usted qué sabe, hermana! Trabajan, sí, para el país, sí. Pero lo malo es «cómo» hacen ese trabajo. Yo he pertenecido a una de ellas hasta hace unos días. Quizá la más desconocida de todas, aquella de la que nunca se habla en voz alta en ninguna parte, ni siquiera en la Casa Blanca, porque nadie quiere admitir ni siquiera en su conciencia que existimos unos hombres como nosotros... ¿Sabe usted el tiempo que duró mi adiestramiento?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¡Tres años! Tres años aprendiendo a soportarlo todo; el dolor, la

hipnosis, las drogas, los lavados de cerebro y las tensiones nerviosas llevadas hasta el borde de la locura. Poco a poco, porque nunca tienen prisa. Tres años aprendiendo a matar en todas las formas imaginables, con todas las armas conocidas hasta el momento y con otras aún fuera del conocimiento público... Tres años para convertirnos en perfectas máquinas de matar.

Calló. Su voz ronca, abrupta, quedó resonando en los oídos de la muchacha en medio de su estupor y angustia.

Y él añadió, con la mirada perdida en algún punto lejano de sus siniestros recuerdos:

—Tres años haciendo de un hombre una bestia sin alma, realizando una metamorfosis absoluta al lado de la cual el doctor Jekyll no sería más que un párvulo. Se nos prohíbe todo lazo afectivo que pueda interferir en nuestro trabajo, se nos convierte en perros rabiosos maravillosamente entrenados. Valemos una fortuna cuando terminamos las pruebas finales de aptitud. Entonces se nos lanza al mundo, a cualquier rincón de la tierra donde nuestros especiales servicios sean de utilidad para los intereses del país.

—Jordán... —susurró la muchacha.

—Déjeme terminar. Usted preguntó y jamás volverá a oírme hablar de este tema... Lo que le he contado es un pálido reflejo de la realidad. ¡Hermana, si usted supiera los detalles! Odiaría al resto de la raza humana para el resto de sus días... Hacemos nuestro trabajo, claro está. No importa cómo, mientras sea a satisfacción del alto mando. Ellos no quieren saber los detalles tampoco. Sólo los resultados. No quieren saber cuántos hombres o mujeres han muerto, a cuántos se ha despedazado, qué aberraciones se han cometido con sus mentes hasta obligarles a someterse y morir. Eso no cuenta. ¡Sólo los resultados!

De repente, volteó el brazo y arrojó el vaso vacío contra la pared, donde estalló haciéndose añicos.

Susan le miró. Sólo clavó en él sus grandes y hermosos ojos. Pero no pronunció una palabra.

—Lo siento —murmuró Jordán—. De un tiempo a esta parte mis nervios ya no son cables de acero. Ésa es la razón de que... Bueno, llega un momento en que uno falla. No puede controlar los nervios, como ahora, pero en situaciones más comprometidas. Entonces está acabado. Si vive, si no le han cortado en pedacitos, o ahorcado, o

exprimido y vaciado hasta dejarle convertido en un pellejo babeante para el resto de su vida, le dicen amablemente que debe retirarse, empezar una nueva vida... Una vida para la que no se está preparado, porque sólo nos prepararon para la muerte.

—¿Es eso lo que le ha sucedido a usted, Jordán?

—Poco más o menos.

—¿Por qué razón, qué fue lo que le hizo fallar?

Él se echó atrás en el diván, recostó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos.

Instantáneamente, ella notó una leve relajación. No hubiera podido soportar por más tiempo la funesta mirada hipnótica de él.

—Maté a una mujer —murmuró Jordán de pronto.

Ella casi se cayó de espaldas.

—¡Dios santo! —jadeó.

—La estaban torturando..., destrozando. Sus aullidos estremecían las paredes de piedra de aquel antro... Ellos no sabían que yo estaba tan cerca, a punto de alcanzar el objetivo que me habían asignado. Pude haberlo hecho. Sólo debí cerrar mis ojos y mis oídos y seguir hacia arriba..., pero no lo logré. Le metí una bala a la pobre desgraciada, cuyo cuerpo quebrado ya no tenía ni forma humana. Acabé con sus sufrimientos, pero descubrí mi presencia. La misión se fue al infierno, por supuesto.

Reinó un lúgubre silencio. El continuaba inmóvil, recostado en el diván, los ojos cerrados.

Ella esperó, estremecida de horror.

Y de repente escuchó de nuevo aquella voz como el lamento del viento en una noche de invierno:

—La muchacha se llamaba Olga. Habíamos pasado los últimos tres días y noches juntos. Y tuve que matarla.

Susan creía hallarse de pronto en un mundo nuevo. Un mundo sórdido, sucio y siniestro del que hasta entonces hubiera ignorado su existencia.

Nunca supo cuánto tiempo transcurrió en aquel silencio, hasta que él abrió de nuevo sus ojos sin expresión, se incorporó y dirigiéndose al bar dijo:

—La función ha terminado, señoras y caballeros. ¿Alguien quiere un trago?

Preparó dos vasos y regresó junto a Susan.

—Tome, le sentará bien —aseguró.

La muchacha tomó el vaso, bebió casi todo su contenido y al fin murmuró:

—Lo siento, Jordán.

—¿Qué es lo que siente?

—Haberle obligado a hablarme de eso. Ahora creo que puedo comprenderle mejor, pero no es agradable.

—No pretendí que lo fuera.

—Me gustaría hacerle una pregunta de todos modos.

—Adelántese, aproveche la ocasión antes de que se cierre la tienda.

—¿Le hubiera usted contado todo eso a otra persona que no fuera yo?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé. De veras, muchacha, no tengo la menor idea de la razón por la cual me he derrumbado de ese modo.

—Beba, Jordán. Ahora es usted quien lo necesita.

—Necesito emborracharme, eso es lo que desearía esta noche.

—Hágalo si quiere. Hay *whisky* suficiente.

—Eso es lo que me agrada en usted..., eso y su anatomía, por supuesto. Pero no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Hay un trabajito pendiente que he de realizar.

Ella se estremeció.

—Escuche...

—Han matado a Johnny Leeds. En todos estos años, él fue el único recuerdo limpio que conservé. Me salvó la vida y tuvo la suerte de no servir para el condenado trabajo. Y ahora le han asesinado. Alguien va a pagar.

—¿Fue de eso de lo que habló con papá?

—Sí.

—¿Y...?

—No pudo ayudarme.

—Muy bien, Jordán. Deme tiempo para empolverarme la nariz.

—Usted va a quedarse aquí.

—Eso no. Iré con usted. Yo puedo parecerle una cabeza loca, pero sé pensar. Y lo que es más importante, conozco todo lo referente a lo que ocurre en esta ciudad. Si le acompaño se le abrirán muchas

puertas que de otro modo no podría franquear.

—No voy a dejar que se arriesgue.

—A su lado no correré ningún riesgo.

—Ahí es donde se equivoca. A mi lado es donde camina la muerte.

—¿Está pensando en ella, Jordán, en Olga?

—Sí.

—¿La amaba?

—No. Pasamos unos días felices los dos, eso es todo. Ambos sabíamos cómo era la cosa y no pedíamos más.

—Iré con usted —resolvió ella obstinadamente.

—¿Adónde cree que voy a ir?

—Supongo que en busca de Nick Hullinger. Esos hombres que han aparecido esparcidos por las afueras eran pistoleros a sus órdenes.

—Ciertamente, sabe usted pensar.

—El Crazy Horse es un local muy exclusivo. Tendría usted muchas dificultades para colarse en él.

—¿Y yendo con usted no?

—Se le abrirán todas las puertas.

El titubeó pero la muchacha ya se había levantado dejándole solo.

Mientras esperaba, llenó otro vaso y lo apuró a grandes sorbos.

Al reaparecer, Susan se había echado sobre los hombros una hermosa estola de visón. No sonreía, pero en sus ojos había una luz nueva, como si en su interior, en lo más profundo de su alma, hubiera adoptado una determinación de la que se sintiera orgullosa. Y quizá fuera así...

CAPÍTULO XII

Habían invertido el dinero a paladas cuando construyeron el Crazy Horse. Pocas veces en su vida Jordán había contemplado un derroche de lujo semejante.

La presencia de Susan a su lado franqueó la entrada del establecimiento sin impedimentos. Un *maitre* impecable les condujo a una mesita apartada y tomó su pedido con la majestad de un chambelán palaciego.

Susan murmuró:

—¿Qué le parece?

—Un buen negocio.

—Tiene otros atractivos. Salas de juego, por ejemplo.

—¿Qué más?

—Chicas. Puede usted verlas con sólo girar la mirada alrededor.

—¿Y drogas?

—¿Cree que puedo saber tanto? En todo caso, personalmente nunca las he necesitado. —No, claro que no.

—¿Qué hará ahora?

—Si ve usted a Hullinger, indíquemelo. Eso es todo.

—No suele aparecer por aquí con frecuencia. Tiene una gran oficina arriba, en el primer piso.

—Está bien. Cuando yo me levante, usted saldrá de aquí a escape, tomará su coche y regresará a su apartamento. ¿Entendido?

—¿Y si necesita ayuda?

—Si yo llego a estar tan apurado como para necesitar ayuda, usted no resolvería nada en absoluto. Al contrario, se convertiría en un impedimento.

—Pero...

—Nada de peros. Hará lo que le digo. ¿Conforme?

Ella le miró largamente. Creyó notar una luz extraña en aquellos ojos de verdugo, una luz como no le descubriera nunca antes.

—Está bien, Jordán. Pero le esperaré.

—¿Por qué? Es absurdo. Ahora ya sabe quién soy..., «qué» es lo que soy.

—Estaré esperándole. Ahora sé lo «que fue». ¿No comprende?

—Pienso que está usted loca, hermana. La llegada del camarero les interrumpió.

Y apenas acababan de dar cuenta de las bebidas cuando él susurró:

—El baile va a empezar, nena. Márchese.

—¿Por qué?

—Acaban de descubrirme. Un tipo con el que ya nos hemos visto antes..., ha salido de estampida en cuanto me ha reconocido. Váyase, y aprisa.

Ella titubeó. Una tremenda angustia dominó todas sus demás sensaciones.

—Jordán... Frank. Déjelo todo, no vuelva a arriesgar la vida. Aún está a tiempo.

—Aunque quisiera, ya es demasiado tarde. Y lo será para usted si no se larga inmediatamente.

Impulsivamente, ella le tomó las manos y sufrió un violento sobresalto cuando notó en sus dedos la brutal dureza de los bordes encallecidos por el karate.

—Frank...

—No lo digas. Yo siento lo mismo por ti, pero sé que no daría resultado. No con un tipo como yo. Ahora, vete.

La besó suavemente y luego la apartó con energía. Ella se levantó.

Una sospechosa humedad había aparecido en sus hermosos ojos.

Apenas había abandonado el local, cuando surgieron tres gorilas como por arte de magia muy cerca de Jordán.

Éste les hizo una seña.

—Siéntense, camaradas. La casa invita.

Acercaron tres sillas. Estaban tensos, coléricos y ansiosos.

—Vas a acompañarnos sin alborotar —dijo el más delgado de los tres—. Alguien quiere verte. No alborotes, porque Nick odia los escándalos aquí. Lo pasarías muy mal.

—Yo también tengo un enorme interés por ver a Nick, palabra. Pero detesto los introductores. Creo que deben saber que hay un revólver apuntándoles por debajo de la mesa. Si aprieto el gatillo, además del escándalo, habrá alguien con un boquete en las tripas. ¿He explicado la situación con suficiente claridad?

Los tres, rígidos, cambiaron miradas de alarma. No habían visto que Jordán hiciera ningún movimiento brusco ni que llevara la mano a

la axila.

—Bravatas. Levántate y echa a andar hacia la salida.

—Si alguien quiere meter la nariz bajo el tablero verá si es una bravata o no. Y si cualquiera de los tres hace ademán de sacar un petardo lo comprobará de otro modo.

Tras una vacilación, uno de ellos se inclinó precavidamente.

Cuando se enderezó su cara estaba verde.

—Es cierto —balbució—. Tiene un revólver.

—Ajá, yo nunca miento, camaradas.

—¿Y ahora qué?

—Para empezar, y con disimulo, saquen sus armas y déjenlas sobre la mesa. Uno a uno, ¿sí?

No les quedaba opción y lo sabían. Un minuto después Jordán tenía en sus bolsillos un verdadero arsenal.

—Ahora iremos a charlar un poco con el amigo Nick. Andando.

Salieron los cuatro. El camarero ni siquiera se aproximó para cobrar las bebidas.

Rodearon el edificio por el exterior, hasta aquella puerta acribillada a balazos.

Jordán señaló los orificios y comentó:

—Alguien hizo un despilfarro de plomo, al parecer.

Rechinando los dientes, los tres matones entraron. Había un pasillo con puertas a ambos lados y una escalera al fondo. Se dirigieron a ella.

Arriba encontraron un rellano con una silla y una mesa. Además de la puerta acorazada, por supuesto.

—Llamen como si todo fuera bien y me tuviesen en su poder. Cualquier tontería y empezaré a hacer ruido.

Uno de ellos se acercó a la mesita y pulsó un botón oculto bajo el tablero.

Instantáneamente, la puerta acorazada se deslizó a un lado.

Jordán dio un tremendo empujón a sus adversarios y él saltó por la puerta abierta.

Hubo un enorme estrépito cuando los tres pistoleros trastabillaron en la escalera, derrumbándose hacia abajo en medio de un infernal revoltijo de brazos y piernas y gritos sordos como maldiciones.

El hombre que empezaba a levantarse detrás de la espectacular mesa en forma de media luna era relativamente joven, bien

parecido y pálido.

Abrió la boca, estupefacto. Después, su mano voló hacia un cajón de la mesa, pero le detuvo en seco cuando Jordán le advirtió:

—Morir es muy fácil, Nick. Sólo sigue buscando esa pistola.

Se echó atrás en el sillón.

—Cierra esa puerta. No quiero que interrumpan nuestra conferencia.

Pulsó un resorte y la puerta se deslizó en silencio hasta cerrarse por completo.

—¿Usted es Jordán? —masculló.

—Seguro. Usted ha enviado varios embajadores para que me trajeran aquí. Yo no necesitaba escolta para acudir a esta cita.

—¿Cree que saldrá vivo de aquí si yo no lo ordeno?

—Ya lo creo, Nick. Quien no es tan seguro que pueda salir sobre sus pies eres tú.

—¿Por qué me buscabas, sólo porque mandé que te echaran de la ciudad?

—Busco a Johnny Leeds. Tienes tres segundos para decidir si hablas sobre él o no.

—Seguirás buscándolo por mucho tiempo si yo he de decirte algo sobre él.

—Bueno, vas a pasar un mal rato, camarada.

Rodeó la mesa ante la mirada inquieta del rufián. Abrió el cajón central sacó de allí un revólver de cañón corto, que también se embolsó.

—Ahora retrocede, Nick. Voy a hacerte una demostración de las cosas que pueden hacerse con un hombre testarudo.

Hullinger apoyó las manos sobre la mesa para levantarse, furioso y asustado a un tiempo.

El revólver de Jordán descendió como un rayo, el cañón aplastó los dedos de la mano derecha del hampón y éste no pudo contener el largo alarido de dolor, mientras se echaba atrás, retorciéndose y contemplando sus dedos rotos como si no diera crédito a lo que veía.

—Ésa es una muestra de lo que puedes esperar, Nick —dijo Jordán amablemente—. Tus asesinos aprendieron en la vieja escuela, pero a mí me entrenaron en una nueva que deja en mantillas a todo lo conocido hasta ahora.

—¿Qué es lo que quieres, maldito? Yo no sé nada de Leeds...

—Fueron tus hombres quienes hicieron el trabajo, Mallet y los otros. Harper cantó como un canario antes de querer beberse el mar.

—Yo no los mandé —se defendió con desesperación—. Quizá actuaron por su cuenta...

—Voy a romperte un par de huesos más.

—¡Maldito! No puedes hacerme esto a mí.

—¿De veras crees que no?

Volteó la mano. El cañón abrió un amplio surco en la cara de Hullinger, derribándole fuera del sillón.

Se quedó en el suelo, aturdido, gimoteando mientras la sangre goteaba de su mejilla abierta.

Jordán dio un vistazo por la ventana. Daba al jardín posterior y se movían algunas sombras tratando de fundirse en la oscuridad.

—Tus perros patrullan por ahí atrás —comentó—. Creen que saldré por la ventana. No son muy inteligentes que digamos.

—¡Maldito bastardo! Haré que te arranquen la piel a tiras...

—Habrá de ser por correspondencia. Levántate, camarada.

Nick obedeció, tambaleándose. Pero estaba a mitad del movimiento cuando se lanzó hacia delante como un proyectil, la cabeza baja y las manos engarfiadas.

Recibió tal trastazo en mitad de la cara que toda su belicosidad se esfumó como un jirón de niebla.

Retrocedió a trompicones. Su cabeza golpeó el cristal de la ventana y éste saltó en pedazos.

Con un grito, Hullinger retrocedió, aterrado.

Los cristales rotos que quedaron adheridos aún al marco parecían cuchillos afilados, largos y terribles.

Jordán le sacudió otra vez cuando trataba de recobrar el resuello. Luego, sujetándole por el cuello, le obligó a doblarse poco a poco hasta que su cara quedó a dos pulgadas de las afiladas aristas de cristal.

—¿Qué te parece? Sólo con que apriete un poco y tu cara quedará convertida en unos zorros. ¿Qué decides, Nick, querido amigo?

—¡Suéltame...!

Empujó un poco más. La primera de las terribles cuchillas de vidrio desgarró la piel del pómulos lleno de sangre.

—¡Basta! —rugió Hullinger.

Le soltó, pero manteniéndole cerca de la ventana rota.

Hábleme de Johnny Leeds, Nick.

—Está... está muerto.

—Lo suponía. ¿Y la mujer que le acompañaba?

—También.

—¿Cómo murieron?

Un ramalazo de pánico aleteó en los ojos del asesino.

—¡De un tiro! —jadeó—. ¡Palabra que sólo les pegaron un tiro!

—Pegándole un tiro a un hombre no se le puede hacer hablar. Se necesitan otros argumentos, y créeme si te digo que yo entiendo un rato de eso.

—Sólo les golpearon un poco...

—¿Dónde están los cadáveres?

—Fueron arrojados al mar.

—Con un buen lastre, supongo.

—Claro.

—Te lo has ganado, Nick —dijo Jordán con voz chirriante.

—¡No, espera..., yo no lo hice!

—Sé que lo hicieron Mallet y los otros dos. Lo supe cuando me llevaban para darme un buen repaso. Pero tú diste la orden.

—¡Yo no soy nadie aquí, Jordán, palabra! Yo recibo órdenes... Me dicen qué he de hacer y cómo hacerlo...

—¿Quién te da estas órdenes?

—No puedo decirlo. Me matarían...

—Y yo te mataré si no lo dices, así que elige. Hay una bala que casi ya está en camino de tu cabeza.

El *gángster* miró a su alrededor con desespero.

La única escapatoria sería lanzarse por la ventana en un momento de descuido de su enemigo.

Pero Jordán no cometía errores.

—Se llama Large —musitó al fin.

—Large, Treat y Hand, ¿no es cierto?

—¡Maldito! Si ya lo sabías...

—Quería oírtelo decir. De modo que fue Large quien sentenció a Leeds, ¿eh?

—Sí. Estaba a punto de descubrir algo contra él.

—¿Qué cosa?

—Nunca lo supe.

—¿Cómo te entrevistas con ellos?

—Sólo con Large, los otros apenas cuentan. Se entienden directamente con él.

—Bueno, Large, ¿viene aquí para verte, o vas tú a su casa?

—Voy yo, discretamente, a su residencia de la costa.

—¿De qué modo? Quiero decir, si le anuncias antes que vas a ir o te llama él.

—Le telefono. El me dice si puedo acudir o no. Si tiene invitados, no voy.

—Claro, claro... Yo quería mucho a Johnny Leeds, Nick —lo dijo suavemente, con una voz baja y sorda. Y añadió—: Matarlo fue una sucia faena, y torturarlo todavía más.

¿Por qué estaba con la mujer aquélla, qué tenía ella que pudiera interesarle a Johnny?

—No lo sé. ¡Te juro que no lo sé!

—Ella, ¿se relacionaba con Large?

—Ahora ya no.

—¿Antes sí?

—Hace años, cuando Lil era una belleza. Large anduvo loco por ella una temporada. Y no fue el único.

—Ya veo... Nick, vas a pasarlo muy mal esta noche. Estoy ardiendo de cólera por lo que hiciste con Johnny, A menos que...

—¿Qué?, maldito seas.

—A menos que me ayudes.

—¿Cómo?

—Primero, ordenando a tus perros de presa que dejen el camino libre. Luego, acompañándome a esa residencia de Large.

—Estás loco, Jordán. Large es casi el hombre más importante de este estado. No podrás nada contra él.

Los dientes de Jordán brillaron en una mueca siniestra.

—Te asombrarías de los hombres más importantes que Large a los que he dado billete para el infierno. En todo el mundo, camarada...

¿Qué decides?

—Si te ayudo, ¿qué pasará conmigo después?

—Quizá me olvide de ti. ¿Sabes, bastardo? Esta noche han cambiado muchas cosas a mi alrededor. Incluso los perros rabiosos se amansan en determinadas circunstancias.

—Maldito si te comprendo.

—Ni falta que te hace. Llama a tus esbirros o habrá una carnicería ahí abajo. Vencido, Hullinger descolgó el teléfono y dio unas órdenes.

Jordán dijo:

—Que preparen tu coche. Sin chófer esta noche. Tú conducirás.

—¿Cómo voy a conducir con esta mano? Tengo dos dedos rotos...

—Tú verás cómo te las arreglas.

Obedeció. Después se volvió, inquieto.

—Ahora telefonea a Large. Dile que me has cazado y que necesitas hablarle con suma urgencia a causa de lo que te he dicho... que tú me obligaste a cantar más que un barítono..., inventa cualquier historia, pero que sea convincente.

—Large movilizará a medio estado contra ti, Jordán.

—No creo que pueda hacerlo.

Quince minutos más tarde, ambos abandonaban el edificio sin tropiezos y emprendían rumbo a la residencia del magnate del crimen.

CAPÍTULO XIII

Jutson Large era un hombre de cincuenta años, robusto y de rostro colorado. Tenía irnos ojos porcinos y mortecinos que se abrieron estupefactos cuando vio aparecer a Hullinger precediendo al forastero.

—¿Quién es él, Nick? —Gruñó—. No me dijiste que ibas a traer un visitante.

—Me llamo Jordán, Large. Frank Jordán.

El millonario se tambaleó.

—¿Qué demonios significa esto, Nick?

—Me obligó, señor Large. ¡Le juro que es un demonio! No pude hacer nada para impedirlo.

—Te haré pedazos, maldito cobarde... Y usted va a saber pronto quién soy, Jordán.

Alargó la mano y descolgó el teléfono. El golpe de karate en el hígado le arrancó un alarido antes de que se doblara soltando el teléfono.

—No haga tonterías, Large. El juego terminó, y definitivamente.

—¡Haré que le ahorquen, maldito... Intervendrá el gobernador...!

—Todo lo que el gobernador podrá hacer será asistir a su funeral.

Miró a su alrededor. De los enormes ventanales pendían unos pesados cortinajes.

Sonrió.

—Trae ese cordón de las cortinas, Nick —ordenó.

El forajido, perplejo, obedeció siempre vigilado por la pistola y por aquellos ojos que parecían anunciar la muerte.

Large barbotó:

—Si es dinero lo que quiere, le incorporaré a nuestra organización, aunque preferiría verle muerto. ¿Cuánto quiere?

—Cierre el pico. Nick...

—Tengo entendido que tú te limitas a ordenar a tus matarifes a quién deben matar, cómo y cuándo. Esta vez harás tú mismo el trabajo. Personalmente.

Large se puso gris. Nick comprendió y dio un paso atrás.

—Pásale el cordón por el gaznate y aprieta, Nick. Quiero verle cómo se retuerce...

Incrédulo, Large creyó que estaba sufriendo una pesadilla.

Aquello no podía sucederle a él.

Miró a Nick.

Éste temblaba.

La pistola dejó oír un seco chasquido y eso le decidió.

Se aproximó a Large cautelosamente, como si temiera que el hombre fuera a saltarle encima.

—Yo... este... vuélvase, señor Large —balbució, medio loco.

Large retrocedió, aterrorizado.

—¡No, Nick...!

—¡Hazlo o te vuelo los sesos, Nick!

Con un movimiento brusco, Hullinger lanzó el cordón por encima de la cabeza del que hasta entonces fuera su propio jefe. Dio un tirón y Large cayó de rodillas, boqueando de miedo, sollozando, gimiendo y barbotando súplicas.

—¡Aprieta!

Apretó. ¡Cualquiera no!

Detrás de su cabeza había una pistola y un tipo que no se andaba por las ramas.

Large se puso encarnado y su voz se cortó. Se llevó las manos al cuello tratando de librarse del dogal, pero Nick sabía lo que le esperaba y no cedió.

—¡Basta, Nick!

La orden le dejó perplejo. Miró a su adversario incrédulo.

—Afloja ese cordón...

Lo hizo y Large se desplomó de bruces, sollozando.

—Quiero las pruebas suficientes para destruir la organización, Large. Todo lo que la comprometa, incluyéndole a usted y sus socios. Todo, ¿está claro?

—Sí...

—Muévase.

En la garganta le quedaba una profunda señal amoratada.

En unos segundos parecía haber envejecido cien años.

Se tambaleó al atravesar la estancia. Daba tumbos como si fuera a desplomarse en cualquier instante.

Nick retorció el cordón entre sus manos. No sabía cómo terminaría

aquello, pero sí estaba convencido de que su única esperanza consistía en huir, o hacer todo cuanto quisiera aquel engendro del infierno aparecido en tan mala hora...

Large corrió un gran cuadro y detrás apareció la puerta acorazada de una caja fuerte.

Empezó a manipular, insertó una llavecita y la abrió.

—Aquí... aquí está todo... —balbució, babeando de pánico incontenible.

Introdujo la mano y sacó un manojo de documentos que dejó caer al suelo.

Volvió a meter la mano...

Pero esta vez no sacó documento alguno, sino un revólver corto que rugió fuego y muerte con el mismo movimiento de volverse.

Sólo que Large no sabía que tenía que habérselas con alguien fuera de lo común.

Silenciosamente, Jordán se había desplazado de costado cambiando de lugar.

La bala sonó con un golpe fofu cuando se incrustó en el pecho de Nick Hullinger, tirándole de espaldas.

Large lanzó un rugido. Sonó otro estampido, pero esta vez no salió de su revólver.

Sintió el terrible impacto en alguna parte, algo espantoso que dolía de modo endiablado.

Rebotó contra la caja fuerte y por un instante pareció que iba a meterse de cabeza dentro. Después se deslizó a lo largo de la pared y quedó acurrucado en el suelo, doblado sobre sí mismo, quejándose roncamente.

—Demasiado rápido —gruñó Jordán.

Vació la caja de todo su contenido. Había enormes fajos de billetes y manojos de documentos.

Hizo un gran paquete con todo ello valiéndose del mismo cordón que había servido para convencer al magnate y luego dio una mirada a su alrededor.

Large gemía entrecortadamente, con la bala ardiendo en sus entrañas. Una espuma roja bordeaba su boca.

Nick estaba muerto, con los ojos inmensamente abiertos fijos en el techo.

Jordán abandonó la residencia utilizando el coche del cabecilla del

crimen. Aún tenía mucho por hacer...

FINAL

El *Globe* lanzó una edición especial cuajada de fotocopias de documentos, relaciones de nombres con sus cifras que significaban el soborno que les fuera asignado años atrás, fotografías, listas de distribuidores de drogas, pistoleros y policías corrompidos, todo ello escrito por Large en sus papeles que, en cierta forma, eran para él una garantía si cualquiera de sus subordinados sentía tentaciones de redención. La ciudad se estremeció de arriba abajo.

Hubo una gigantesca manifestación pidiendo cabezas a gritos.

Multitud de estúpidos policías, pequeños ambiciosos que constaban en las listas, llenaron apresuradamente sus maletas.

No fueron lo bastante rápidos, porque para cuando trataron de poner tierra de por medio el *Globe* había llegado a todo el estado. El gobernador se dio cuenta de que si no actuaba rápidamente le alcanzarían las salpicaduras y mandó a la policía del estado... Una auténtica cacería se organizó.

Heckeler estaba radiante.

Le llegaban telegramas de casi todo el país pidiéndole exclusivas de la serie que había iniciado con la explosiva denuncia.

El clamor en las calles era incesante.

El mismo clamor que llegaba, amortiguado, al apartamento de Susan Palmer, tibio y confortable, acogedor como los brazos de un amante.

—¿Y ahora, Frank? —susurró la muchacha.

Elladeó la cabeza. Sentado en el diván veía el techo y la decoración desde un escorzo inédito.

—Tengo vacaciones... unas vacaciones muy largas.

—He cerrado la tienda esta mañana. Ya no me entusiasma ser una mujer de negocios.

—Y eso, ¿por qué?

—Voy a tomarme unas vacaciones..., unas vacaciones muy largas.

Se removió en el diván. Elladeó la cabeza y la besó en la boca.

—También es casualidad —murmuró.

—¿Adónde crees que podría ir una chica como yo para pasarlo

bien?

—Dependería de la compañía que llevaras.

—Bueno, digamos que fuera alguien así como tú, por ejemplo.

Entonces, las Bahamas. Estuve una vez...

—Ahí está el teléfono, querido. Puedes encargar los pasajes.

—¿Dos?

—Dos.

—¿Estás segura de lo que haces?

—Completamente segura.

El la miró. Vio la luz de aquellos ojos, la esperanza y la ternura que parecía desbordarse de ella a raudales.

—Cometes un error, Susan...

—Si es así, ya habrá tiempo para arrepentirme. Los pasajes, date prisa.

—Si estás decidida, los pasajes pueden esperar.

—¿Por qué?

—Ésa es una buena pregunta.

La abrazó apretadamente. Sus bocas se unieron y la muchacha resbaló poco a poco hacia atrás...

El tiempo dejó de tener significado para los dos.

Se detuvo.

O quizá no, adquiriendo en cambio la velocidad del vértigo, llevándoles a un nuevo mundo que ninguno de los dos, cada uno por razones distintas, no habían conocido hasta entonces.

En todo caso, fue un tiempo muy bien empleado.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.
- Ray Brady.

- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.